N.º 10 - TOMO 102 9 DE FEBRERO DE 2023



DIARIO DE SESIONES DE LA ASAMBLEA GENERAL

TERCER PERÍODO ORDINARIO DE LA XLIX LEGISLATURA

10.ª SESIÓN

PRESIDE BEATRIZ ARGIMÓN Presidenta

JORGE GANDINI Primer Vicepresidente

ACTÚAN EN SECRETARÍA GUSTAVO SÁNCHEZ PIÑEIRO, FERNANDO RIPOLL, JOSÉ PEDRO MONTERO Y VIRGINIA ORTIZ

1) TEXTO DE LA CITACIÓN

«Montevideo, 6 de febrero de 2023

La ASAMBLEA GENERAL se reunirá en sesión extraordinaria, el próximo jueves 9 de febrero a las 14:00, a fin de levantar el receso y a solicitud de varios señores legisladores, de acuerdo con el artículo 14 del Reglamento, considerar "los hechos políticos acaecidos en el mes de febrero de 1973".

Fernando Ripoll Gustavo Sánchez Piñeiro Secretario».

2) ASISTENCIA

ASISTEN: los señores senadores Oscar Andrade, Carmen Asiaín, Raúl Batlle, Mario Bergara, Graciela Barrera, Graciela Bianchi, Carlos Camy, Germán Coutinho, Sebastián Da Silva, Amanda Della Ventura, Sergio Delpino, Guillermo Domenech, Graciela García, Liliam Kechichian, Pablo Lanz, Sandra Lazo, Raúl Lozano, José Carlos Mahía, Guido Manini Ríos, Silvia Nane, Amin Niffouri, Aníbal Pereyra, Liliana Queijo, Federico Ricagni, Gloria Rodríguez, Enrique Rubio, Sebastián Sabini, Carmen Sanguinetti y Juan Straneo; y los señores representantes Rodrigo Albernaz, Jorge Alvear González, Óscar Amigo Díaz, Fernanda Araújo, Lucía Barboza, Gabriela Barreiro, Wilman Caballero, Richard Cáceres Carro, Cecilia Cairo, Sebastián Cal, Hugo Cámara Abella, Nazmi Camargo Bulmini, Elsa Capillera, Marcelo Caporale, Felipe Carballo Da Costa, Federico Casaretto, Walter Cervini, Gonzalo Civila López, Milton Corbo, Inés Cortés, Daniel Dalmao, Luis Emilio de León, Alfredo de Mattos, Diego Echeverría, Eduardo Elinger, Lucía Etcheverry Lima, María Fajardo Rieiro, Marcelo Fernández Cabrera, Rodney José Franco Tuchman, Alfredo Fratti, Luis E. Gallo Cantera, Daniel Gerhard, Gonzalo Geribón Herrera, Gabriel Gianoli, Rodrigo Goñi Reyes, Juan Marcelo González Evora, Eduardo Guadalupe, Gustavo Guerrero, Walter José Guimaraens González, Claudia Hugo, Sylvia Ibarburen Gauthier, Alexandra Inzaurralde, Pedro Jisdonian, Alfonso Lereté, Margarita Libschitz Suárez, Eduardo Lust Hitta, Cristina Lustemberg, Daniel Martínez Escames, Verónica Mato, Robert Nino Medina, Martín Melazzi, Micaela Melgar, Rafael Menéndez, Nicolás Mesa Waller, Emiliano Metediera, Juan Moreno, Ana María Olivera Pessano, Gustavo Olmos, Gonzalo Andrés Onetto Linale, Ernesto Gabriel Otero Agüero, Ope Pasquet, Daniel Peña, Dayana Pérez Fornelli, Silvana Pérez Bonavita, Álvaro Perrone Cabrera, Ernesto Pitteta, Iván Posada Pagliotti, Mabel Quintela, Nibia Reisch, Carlos Reutor, Diego Reyes, Wilson Carlos Rippa Álvez, Conrado Rodríguez, Juan Martín Rodríguez, Carlos Rodríguez Gálvez, Álvaro Rodríguez Hunter, María Eugenia Roselló, Federico Ruiz, Raúl Sander Machado, Mario Saralegui, Ismael Smith Maciel, Carlos Testa, Martín Tierno, Gabriel Tinaglini, Carmen Tort González, Mariano Tucci Montes de Oca, Sebastián Valdomir, Carlos Varela Nestier, César Vega, Pablo Viana, Nicolás Viera Díaz y Álvaro Viviano.

FALTAN: con licencia, los señores representantes Ubaldo Aita, Sebastián Andújar, Eduardo Antonini, Rubén Bacigalupe, Rodrigo Blas Simoncelli, Cecilia Bottino Fiuri, Germán Cardoso, Mario Colman, Bettiana Díaz Rey, Valentina Dos Santos, Omar Estévez, Zulimar Ferreira, Virginia Fros Álvarez, Lilián Galán, Nelson Larzábal Neves, Álvaro Lima, Nicolás Lorenzo, Agustín Mazzini García, Nicolás Mesa Waller, Gonzalo Mujica, Gerardo Núñez Fallabrino, Nancy Núñez Soler, Marne Osorio Lima, Susana Pereyra Piñeyro, Javier Radiccioni Curbelo, Felipe Schipani y Gustavo Zubía; con aviso, los señores senadores Sergio Botana, Daniel Caggiani, Charles Carrera, José Nunes, Gustavo Penadés, Adrián Peña, Alejandro Sánchez y Juan Sartori, y los señores representantes Armando Castaingdebat, Álvaro Dastugue y Miguel Irrazábal; sin aviso, los señores representantes Beatriz Claudia Lamas Villalba, Enzo Malán Castro, Gerardina Montanari, Martín Sodano, Javier Umpiérrez Diano y Humberto Viera Bueno.

3) HECHOS POLÍTICOS ACAECIDOS EN EL MES DE FEBRERO DE 1973

SEÑORA PRESIDENTA.- Habiendo número, está abierta la sesión.

(Son las 15:01).

-Queremos agradecer a las autoridades nacionales, departamentales, al cuerpo diplomático y a todos quienes hoy nos están acompañando desde las barras y pedirles disculpas por la demora, pero ambas Cámaras estaban sesionando.

Antes que nada, queremos hacer una aclaración.

Esta sesión que hoy se conmemora, a solicitud de senadores del Partido Colorado, forma parte de un conjunto de actividades que el Poder Legislativo va a llevar adelante por los cincuenta años del golpe de Estado. ¿Qué quiero decir con esto? Que esta no va a ser la única actividad, sino que, como todos los años en las sucesivas administraciones, el 27 de junio se va a hacer el acto central de esta conmemoración. Entre otras cosas —así lo hablamos con el presidente de la Cámara de Representantes y con la coordinación del Senado—, habrá un grupo formado por los distintos partidos encargado de planificar las actividades a efectos de que todos podamos confluir en distintas propuestas para la consideración de este período histórico.

Además, en el entendido de que debemos cuidar las democracias del siglo XXI de riesgos que hoy en este mundo pueden existir, quiero señalar que también tenemos previsto llevar adelante instancias en ese sentido. Digo esto porque, obviamente, es importante que todos estemos al tanto de las actividades que con ambas Cámaras y en coordinación con todos los partidos políticos vamos a llevar adelante.

4) INASISTENCIAS ANTERIORES

SEÑORA PRESIDENTA.- Dando cumplimiento a lo establecido en el artículo 29 del Reglamento de la Asamblea General, dese cuenta de las inasistencias a las anteriores convocatorias.

(Se da de las siguientes).

SEÑOR SECRETARIO (Gustavo Sánchez Piñeiro).-A la sesión extraordinaria del día 29 de diciembre faltaron con aviso los señores legisladores Valentina Dos Santos y Aníbal Méndez.

5) HECHOS POLÍTICOS ACAECIDOS EN EL MES DE FEBRERO DE 1973

SEÑORA PRESIDENTA.- La Asamblea General ingresa a la consideración del único punto del orden del día en virtud de la solicitud presentada por varios señores legisladores y de acuerdo con el artículo 14 del Reglamento: considerar los hechos políticos acaecidos en el mes de febrero de 1973.

Quiero aclarar que el señor ministro de Defensa Nacional y quienes lo acompañan seguramente se tendrán que retirar durante la sesión en virtud de una actividad que tiene su Cartera; nos pidió que dejáramos constancia en la versión taquigráfica del eventual retiro de la delegación.

Iniciando esta conmemoración, tiene la palabra el señor legislador Ope Pasquet.

SEÑOR PASQUET.- Señora presidenta: queremos empezar por decir que nos parece más que pertinente que la Asamblea General se reúna hoy para referirse a los hechos de febrero de 1973. Es más: estimamos que sería imperdonable no hacerlo, porque fueron hechos que tuvieron una enorme importancia en la vida del país, hechos cuyas consecuencias quizás estemos sintiendo todavía hoy. Que el Parlamento ya se haya reunido otras veces, a través de sus Cámaras o de esta Asamblea General, para tratar otros aniversarios de estos hechos, de cualquiera de los hechos acaecidos en 1973, no es razón para dejar de reunirnos hoy, del mismo modo en que haber celebrado sesiones para evocar los hechos de la gesta independentista del siglo XIX no es razón para dejar de hacerlo. Conmemoramos las Instrucciones de 1813 una, otra y otra vez, y hemos de

seguir haciéndolo mientras Uruguay siga siendo Uruguay. Lo digo porque un distinguido periodista me preguntaba en estos días: «¿Por qué vuelven a hablar de estos temas si los han tratado tantas veces?». Por esto que digo: porque fueron hechos muy importantes, y aunque algunos nos hemos referido ya a algunos de ellos —yo hace diez años hablaba de lo ocurrido en junio de 1973—, creo que corresponde hablar de esto y corresponderá seguir haciéndolo, quién sabe por cuánto tiempo, en razón de la incidencia de estos hechos en la vida de tantos y tantos uruguayos, incidencia que se prolonga hasta el día de hoy.

Por cierto, no se trata de intentar un imposible retorno por el túnel del tiempo y hacer como si fuésemos nosotros los que ocupábamos estas bancas hace cincuenta años y repetir los debates de entonces, con los argumentos de entonces, con los choques de entonces. Eso no tendría –pensamos nosotros– ningún sentido.

La Asamblea General no se reunió hace cincuenta años; lo hacemos nosotros hoy, pero no para subsanar aquella omisión, para sustituir aquel silencio con nuestras voces, sino para tratar el tema desde la perspectiva que señala todo este tiempo que ha pasado y desde nuestra actualidad, para ver desde aquí y desde ahora qué pasó entonces y qué lecciones podemos extraer de lo que pasó entonces.

Este es el ánimo que nos inspira; este, el de reflexionar serenamente sobre lo ocurrido para extraer esas lecciones que pensamos que el país está en condiciones de extraer, y, al mismo tiempo, porque queremos expresar nuestro reconocimiento y nuestro homenaje a personas que en horas muy difíciles, en horas de prueba, de incertidumbre, de peligro, se jugaron en la defensa de las instituciones de la democracia.

Pasaron muchas cosas en febrero de 1973. Las cosas que pasaron no surgieron de la nada, espontáneamente —«por generación espontánea», como antes se decía—; las cosas que pasaron se enmarcaban en un proceso histórico que venía de muy atrás y que continuó, por cierto, después de febrero, durante todo el año 1973. Pero no podemos referirnos a toda esa secuencia histórica en el tiempo de que disponemos; por eso, vamos a ceñirnos a algunos de los hechos a los que consideramos principales de ese mes de febrero tan preñado de tremendas consecuencias para el país.

El primero de esos hechos —el primero porque ocurrió el 1.º de febrero— fue un mensaje que el senador Amílcar Vasconcellos dirigió al pueblo uruguayo. Lo difundió a través del programa de radio *Tomándole el pulso a la república*, que se emitía por radio Carve, conducido por Omar Defeo, a partir de las 11 de la noche. Recuerdo vívidamente ese programa porque yo lo escuché; estaba junto a mi padre, junto a un primo. Esa noche escuchamos las palabras de Vasconcellos, y hasta hoy me estremezco recordando el tono de tremenda seriedad, hasta de dramatismo que tenían aquellas palabras. Por supuesto, no fue el único que habló de lo que estaba pasando, de lo que pa-

saría después, pero ese discurso de Amílcar Vasconcellos fue el catalizador que precipitó una secuencia de hechos que se venían gestando de tiempo atrás.

En vez de tratar de resumir lo que dijo Vasconcellos esa noche, quiero leer aquí unos pocos párrafos de su extensa exposición. Me parece que es bueno que en esta Asamblea se recuerden esas palabras y consten en nuestra versión taquigráfica.

«Hace un siglo el Uruguay entraba a la etapa histórica que fue conocida por el "período militarista".

Estos días han resurgido, y no por mera coincidencia, panegiristas entusiastas de Latorre. [...]

Nadie sin embargo, salvo por cobardía, por comodidad o por ceguera histórica, tiene el derecho de ignorar que hay en marcha en este nuestro Uruguay —más allá de las declaraciones que se hayan hecho y que se puedan hacer—un movimiento que busca desplazar a las instituciones legales para sustituirlas por la omnímoda voluntad de los que pasarían a ser integrantes de la "internacional de las espadas". [...]

Y la prensa hace referencia a declaraciones de jerarcas militares que en esencia intentan justificar la subversión señalando que ella es la consecuencia de la corrupción y, para hacerlo, al señalar que en tales o cuales sectores de la administración esta corrupción existe, no vacilan en incurrir en actos que son de por sí básicamente corruptores porque son subversivos, al llevarse por delante sus mandos naturales y al entrar en declaraciones y valoraciones políticas que les está vedado.

La corrupción existe no solo cuando se usan mal los dineros del pueblo –y esta es y debe ser sancionada por los órganos administrativos y judiciales pertinentes— existe también cuando se busca sustituir a los organismos normales de la administración por quienes no teniendo facultades ni autoridad para ello la asumen por el solo hecho de tener la fuerza en sus manos. [...]

Que alguien pretenda justificar la existencia de la subversión porque en algunos sectores aparezcan elementos de corrupción solo puede explicarse si existe –como existe y lo hemos probado con lecturas de documentos en el Parlamento– un deliberado propósito de ir capitalizando hechos para justificar el progresivo desplazamiento del control de la administración –por ahora– para pasar en el momento que se estime oportuno al control del gobierno prescindiendo de las normas constitucionales vigentes. [...]

Hay que centrar el problema en sus justos y reales términos para comprender la gravedad del momento que Uruguay está viviendo: un núcleo de hombres —que no están a la altura de su misión histórica— siguiendo leyes sociológicas conocidas de imitación —empiezan a pensar y están actuando ya— el documento a que hemos hecho

referencia lo prueba, como si la única fuerza organizada capaz de darle cohesión a un país en crisis son las Fuerzas Armadas. [...]

El dilema para nosotros es muy claro: o defendemos las instituciones contra quien sea: subversión de donde venga y cualquiera sea el pretexto que adopte y el nombre o condición del subversor o dejamos, los gobernantes electos por el pueblo, de cumplir con nuestra obligación y entregamos al país al caos, a la dictadura que siempre lleva consigo todas las corrupciones, todas las arbitrariedades y todos los latrocinios».

Esa noche, Vasconcellos culminaba diciendo: «Que nadie se haga ilusiones: Latorre llegó y nadie ha olvidado cómo se tuvo que ir; los "Latorritos" que tratan de llegar –aunque puedan lograrlo mediante la ayuda de cobardes y traidores— que no olviden la lección histórica».

Estas palabras causaron un tremendo impacto en la conciencia nacional, y produjeron varias consecuencias.

Por cierto, como decía al principio, esto no surgió por generación espontánea: había un proceso que venía de muy atrás, y el propio Vasconcellos se había referido varias veces a estos temas, en distintos momentos, en varias etapas de ese proceso al que aludí, particularmente, en los últimos meses del año 1972. Por cierto, también, siguió hablando de estos temas después de ese 1.º de febrero. En marzo estaba planteando una interpelación al ministro de Defensa para que respondiera sobre los hechos que ocurrieron ese mes de febrero, sobre el desacato militar, sobre el Pacto de Boiso Lanza –al que nos referiremos después– y otros temas del momento. En la penúltima sesión del Senado, de ese año, que se inició en la tarde del 26 de junio -la última fue ya avanzada la noche-, la Mesa le anunciaba al Senado que la interpelación al ministro de Defensa, pedida por el senador Vasconcellos, se iba a realizar el 3 de julio. Obviamente, esa interpelación no tuvo lugar, pero queda señalada la pertinacia y la tenacidad de Vasconcellos en el señalamiento de todos estos hechos y en la actitud de reclamar responsabilidades a quienes no estaban haciendo lo que había que hacer para enfrentar la embestida militar.

Vuelvo sobre la misma idea: esto venía desde bastante antes.

En octubre del año anterior, había sido arbitrariamente detenido Jorge Batlle. Se le imputaban, vagamente, vinculaciones con hechos de corrupción, aunque, finalmente, se le termina procesando por «ataque a la fuerza moral de las Fuerzas Armadas». Batlle había denunciado, por radio y televisión, que había una conspiración militar para desprestigiar a los políticos, para usurpar funciones que no les correspondían, para enlodar a la dirigencia política, y ese era parte del plan de desprestigio que estaba en marcha. Lo llevaron arbitrariamente detenido; estuvo pre-

so casi dos meses. La consecuencia de eso fue la renuncia al gabinete de los tres ministros de la Lista 15: Sanguinetti, Forteza y Pintos Risso. Se dio la paradojal situación –también señalada, en esos días, por Vasconcellos– de que en el gabinete de un presidente electo por el lema Partido Colorado quedaban, a fines de 1972, solamente tres ministros colorados. El presidente estaba absolutamente debilitado.

A raíz de esa prisión injusta y arbitraria de Jorge Batlle, el entonces diputado Julio Sanguinetti –que había dejado de ser ministro— interpela al ministro de Defensa y señala, claramente, al general Esteban Cristi como el responsable de esa situación de acoso sobre el sistema político que se estaba dando y que había tenido varios hechos que demostraban una intención de lesionar el orden político del país.

Todo eso se venía dando, y Vasconcellos lo denuncia, globalmente, en esa alocución del 1.º de febrero, que produce varias consecuencias. En primer lugar, le responde el presidente de la república, en términos de reafirmación democrática. Al día siguiente dice que el presidente está comprometido a mantener las tradiciones democráticas del país. Esta respuesta no le pareció suficiente a los mandos militares -expresión que en aquella época se usaba mucho: «los mandos para acá, los mandos para allá»-; bueno, los mandos no estaban conformes. Y aunque el ministro trató de disuadirlos señalándoles que después de que había hablado el presidente de la república no tenía sentido ni justificación que hablara ninguno de sus subordinados, esos mandos militares emitieron una declaración furibunda contra Vasconcellos, el día 7 de febrero. Consecuencia de ello, el ministro se siente desautorizado y renuncia, y el presidente designa como ministro de Defensa al general Antonio Francese.

Ante la designación de Francese, se produce el desacato militar. El Ejército y la Fuerza Aérea dicen que no reconocen al nuevo ministro de Defensa. Lo que están desconociendo es la autoridad del presidente que lo había designado. Ahí, las Fuerzas Armadas dicen: «El presidente no nos manda. Nosotros decidimos qué ministro reconocemos y a quién no reconocemos». ¡Ese es el golpe de Estado, que no tuvo el impacto simbólico que tendría después la disolución de las Cámaras, pero que ya configuraba una actitud del poder militar de desconocimiento de la autoridad constitucional. Ahí está el golpe de Estado.

Por supuesto, para vestir esto, los militares propagan, además, esos ahora tristemente célebres comunicados n.º 4 y n.º 7, en los que se exponía una suerte de plan de gobierno que no tenía ninguna originalidad; retomaban cosas que estaban, más o menos, en todos los programas que se habían presentado en la elección anterior, pero los presentaban como una justificación de esa presencia militar en la vida política del país. Con esto lograron convencer, a sectores de la vida política y sindical del país, de que su intención era, realmente, poner en práctica esos comunicados n.º 4 y n.º 7. Hubo gente que les creyó; de

buena fe, creyeron en la sinceridad y la veracidad de estos planteamientos que estaban haciendo los militares. Les creyeron los integrantes del Frente Amplio; les creyó el Frente Amplio mismo, y distintos pronunciamientos lo expresaron en términos categóricos.

El diario El Popular, del Partido Comunista, expresó su simpatía ante esos comunicados n.º 4 y n.º 7. Además, expresó conceptualmente su posición. Dijo que la cuestión no era civiles o militares, sino que la cuestión era oligarquía o pueblo, que por ahí pasaba la divisoria, y que las Fuerzas Armadas eran parte del pueblo, y, por lo tanto, eran bienvenidas en ese momento de la vida política del país. Otros sectores del Frente Amplio siguieron el mismo camino; lo habían empezado a recorrer antes. El diputado Vivian Trías, del Partido Socialista, había sido muy elocuente en esos días, y ya antes, en 1972, en el mismo sentido, afirmando que esto era oligarquía o pueblo, no era civiles o militares. Más adelante, diría algo que, en aquel contexto, era profundamente sintomático. Decía Trías, citando a un marxista alemán: «Las revoluciones no se hacen contra el ejército, ni sin el ejército; se hacen con el ejército». En el mismo sentido, en otros términos, también el Partido Demócrata Cristiano saludaba esa presencia militar en la vida política del país, y la juzgaba y consideraba como un hecho «positivo».

No todo el mundo creyó en esto. Gente de la izquierda, como el doctor Carlos Quijano, director de *Marcha*, dijo: «Cuidado: es mejor una Constitución, aunque haya sido violada, aunque sea una mala Constitución, que ninguna». Y se expresó, en términos claros y categóricos, una y otra vez, diciendo que el poder militar debía subordinarse al poder civil y que de ninguna manera era admisible esa intromisión, esa presencia de las Fuerzas Armadas en la vida política del país.

Los hechos estaban allí. Los militares habían desconocido la autoridad del presidente, el golpe estaba dado. Inicialmente, el presidente Bordaberry quiso resistir. Dijo públicamente que iba a mantener en el cargo al general Francese. Inmediatamente, ordenó a la Armada acuartelarse en la Ciudad Vieja; así procedió la Armada, que se hizo fuerte en la Ciudad Vieja y defendió el perímetro, estableciendo un bloqueo de la Ciudad Vieja, con una línea defensiva que iba de mar a mar, por la calle Juan Carlos Gómez, con autos, camiones, ómnibus requisados, bloqueando las entradas.

En ese momento, el vicealmirante Juan José Zorrilla y la gente que lo seguía se estaban jugando la vida, porque no era menos que eso lo que estaban haciendo. Estaban dispuestos a enfrentarse militarmente a los golpistas. Habían tomado posiciones. Inclusive, Zorrilla había ordenado que los barcos de guerra salieran mar afuera y apuntaran con sus cañones hacia puntos seleccionados de la ciudad, porque estaba dispuesto a llegar hasta las últimas consecuencias. Ese fue un gesto heroico, y la Cámara de Representantes estaba haciendo justicia al disponer –como hace

algunos minutos— la erección de un monumento a Juan José Zorrilla, quien defendió la Constitución de la república y el honor militar, que en ese momento consistía en defender la Constitución y las autoridades representativas.

Mientras eso ocurría, mientras se temía el estallido del conflicto y el derramamiento de sangre -todo eso era posible-, había febriles tratativas para buscar alguna solución política. En el marco de esas tratativas, distintas personas y personalidades acudieron al entonces vicepresidente de la república, Jorge Sapelli, a ver si podían contar con él para desplazar al presidente de la república y buscar alguna salida al conflicto. La posición de Sapelli, a quien también queremos reconocer y homenajear esta tarde, fue de un absoluto principismo. Él dijo: «Si van a forzar la renuncia del presidente, no cuenten conmigo porque yo renuncio también. Si el presidente, de su libre y espontánea voluntad, resuelve irse, entonces, yo cumpliré mis obligaciones constitucionales y lo sucederé, pero no como parte de un complot, no como parte del forzamiento de la renuncia, sino como consecuencia natural de un acto voluntario del presidente de la república».

Sin embargo, la crisis se resolvió de otra manera. El presidente no renunció –no quería renunciar–, y lo que ocurrió fue que cedió. El lunes 12 de febrero fue a Boiso Lanza, y allí pactó con los militares y aceptó la tutela militar. Ya antes había aceptado la renuncia de Francese y su sustitución por un ministro de Defensa que tuvo el beneplácito de las Fuerzas Armadas. Ya antes había aceptado la renuncia del vicealmirante Zorrilla y lo había sustituido por otro marino. En Boiso Lanza aceptó la tutela militar, y a partir de allí, el país fue barranca abajo hasta terminar en los hechos del 27 de junio de 1973.

Señora presidenta, todo esto es apenas una brevísima sinopsis de hechos tremendos, dramáticos, que sellaron la suerte del país, en los cuales algunos ciudadanos estuvieron no solamente a la altura de las circunstancias, sino haciendo un derroche de coraje cívico, de lucidez intelectual y de fortaleza en sus convicciones, para oponerse abierta y frontalmente a todo eso que estaba pasando, sin saber qué era lo que podía venir después, porque la incertidumbre era la nota característica en aquella situación, como en todas las situaciones de ese tipo, y nadie sabía en qué podía terminar todo eso. Por eso, queremos destacar la actitud y la conducta de quienes enfrentaron ese golpe que, insisto, se realizó en ese momento. Tuvo etapas posteriores. El gran golpe simbólico fue la disolución de las cámaras, pero, técnica y jurídicamente, cuando las Fuerzas Armadas desconocieron la autoridad del presidente de la república, ya ahí el golpe estaba dado.

Cincuenta años después, ¿cómo miramos todo eso? Creo que debemos tener en cuenta que lo que en aquel momento estaba en discusión y en tela de juicio era la democracia, las instituciones de la república y el Estado de derecho. Había quienes pensaban que eso no tenía valor, ya fuera porque la democracia era una cáscara

vacía, porque el Estado de derecho no tenía contenido real, porque el sistema político estaba corrompido –según algunos– o porque las formalidades de la democracia burguesa no contemplaban los problemas sociales del país. La democracia estaba en tela de juicio, y cincuenta años después vemos que la democracia ha triunfado. Se restableció en el Uruguay, como en varios países de América en los que fracasaron la guerrilla y las dictaduras militares, y la democracia recobró su prestigio como ideal político aún no superado.

Uruguay puede decir que con la democracia y con las instituciones democráticas hemos logrado la rotación pacífica y ordenada de los partidos en el poder y un adelanto en todos los órdenes de la vida nacional. Si comparamos cómo estamos hoy con cómo estábamos en 1985, a la salida de la dictadura, nadie puede negar que el país avanzó y progresó en todos los órdenes de la vida nacional. Algunos destacarán algunos elementos y otros destacarán otros; cada partido se arrogará una cuota más o menos importante en ese avance y en ese progreso, pero con democracia Uruguay ha progresado. Esta democracia, que es obra de todos nosotros, de todos los partidos y de todos los uruguayos, ha demostrado que no eran ciertas las alegaciones de 1973 de que en democracia no se podía. En democracia se puede, y el Uruguay lo ha demostrado. Eso es lo que, ante todo, tenemos que defender.

Hoy, con la experiencia de todo este tiempo, con la certeza de este triunfo de la democracia, del Estado de derecho y de la libertad que todos los uruguayos hemos conquistado, decimos: ¡nunca más dictadura!, ¡viva la democracia!, y ¡recuerdo y reconocimiento permanente a los que en las horas de prueba se jugaron y jugaron hasta su vida en la defensa de las instituciones representativas!

Muchas gracias.

(Aplausos en la sala y en la barra).

SEÑORA PRESIDENTA.- Tiene la palabra la señora legisladora Liliam Kechichian.

SEÑORA KECHICHIAN.- Señora presidenta: saludo la figura del expresidente Sanguinetti, a los ministros presentes, a las autoridades militares y a todos los que nos están acompañando en las barras en esta sesión.

Para nosotros, la historia en sí misma no es una cosa única basada simplemente en documentos, en testimonios o en declaraciones, sino que la historia es un complejo en el que se suman y encuentran contención la historia y la participación de miles de personas que intervienen en los procesos sociales.

A pocos meses de cumplirse 193 años de la jura de nuestra primera Constitución, hoy, nuestra generación, nosotros, nos encontramos transitando y construyendo lo que ninguna otra en el país tuvo la oportunidad de transitar, que es el más largo período de democracia ininterrumpida de la historia nacional, que celebramos desde lo más profundo de nuestro ser personal y también desde la fuerza política que representamos, que es nuestro Frente Amplio.

Esta instancia parlamentaria que hoy llevamos adelante coincide prácticamente con el inicio del trigésimo noveno año legislativo desde el retorno de la democracia, tras las elecciones de 1984. La simple comparación de esas cifras –39 contra 193– da la pauta, preocupante, de cómo los golpes de Estado, las crisis políticas y las teorías conspirativas han estado presentes a lo largo del acontecer nacional y, llamativamente, por lo menos desde nuestra visión, siempre fueron un instrumento específico para laudar conflictos de intereses de los sectores dominantes de nuestra sociedad.

Somos conscientes de la incidencia del contexto en la conformación individual y colectiva de los procesos humanos, en tanto asumimos que toda circunstancia histórica responde a muchos factores que acompañan el proceso que lo determina. Cada etapa de la vida de un país –hoy estamos mirando una específica, la que rodea el 9 de febrero del año 1973– es hija de la anterior y será, a su vez, factor condicionante para las etapas que la sucederán. Es decir que los contextos y las historias son la suma de muchas de esas cosas.

Plantados desde este mirador privilegiado que ocupamos en el contexto político del país, en tanto hoy somos representantes electos por la ciudadanía y testigos privilegiados de aquel momento singular de la institucionalidad nacional y consustanciados plenamente con esa perspectiva global y continua de la construcción humana que antes señalábamos, el Cuerpo nos convoca hoy a -abro comillas- «considerar los hechos políticos acaecidos en el mes de febrero de 1973», y confesamos que cuando leíamos la convocatoria no nos quedaba claro su sentido, ni las razones para separar o para desmembrar como circunstancia puntual la expresión de un momento de la vida del país que, no obstante, responde y forma parte de un hilo conductor de hechos, de intereses y de estrategias internas y externas, con consecuencias posteriores, entre otras, ni más ni menos que el golpe de Estado del 27 de junio de 1973, con la disolución de este Parlamento. Son hechos que solo se explican y adquieren un significado a la luz de un proceso histórico y no de un momento, ni de un día, ni de una fecha, ni de un mes, ni de un hecho concreto. Son hechos que se enmarcan en un contexto interno de crisis económica, social y política, de valores, que padecía nuestro país en ese momento, pero al mismo tiempo forman parte de la versión nacional de un proceso político mayor con raíces externas. Me refiero a un proceso político de fronteras ideológicas pergeñado por los Estados Unidos en el marco de su estrategia de contención de la influencia soviética en el continente. Así lo planteaban claramente.

En un mundo de Guerra Fría y a partir de una Doctrina de la Seguridad Nacional que fue común para toda América Latina, Estados Unidos impulsó, entrenó y adoctrinó a los ejércitos nacionales latinoamericanos para que se involucraran y tuvieran intromisión en las políticas públicas de los Estados. Con Brasil como gendarme continental, a partir del golpe de Estado en 1964, incidió, claramente, en una serie de golpes de Estado en la región: Bolivia en 1971; Chile en 1973; Uruguay en 1973; Argentina en 1976; que se suman al quinto mandato del general Stroessner, en Paraguay. También se dieron procesos militares en Panamá en 1968, en El Salvador en 1972, en Honduras en 1972, entre otros.

En el caso de nuestro país, cabe recordar la amenaza de invasión a través de la frontera norte para el caso de triunfo del Frente Amplio en las elecciones de 1971. Años más tarde, el propio general Medina confirmaría que, si el Frente Amplio hubiera ganado, «no le habríamos entregado el poder».

Más allá, entonces, del reconocimiento, como se ha expresado y compartimos, al temple cívico demostrado en aquella instancia –entre otros compatriotas– por los hoy recordados y aquí mencionados Amílcar Vasconcellos, Zorrilla, Sapelli; más allá de los valiosos testimonios, comentarios, declaraciones, experiencias que se sienta pertinente expresar sobre este aspecto; más allá de un *mea culpa* institucional del Parlamento por la increíble defección en esta crítica circunstancia, me resultaría incomprensible cómo el Parlamento no se convocó ese 9 de febrero para defender a las instituciones, si lo descolgara del contexto histórico –interno y externo– al que hice referencia.

Realmente, hoy, con esta convocatoria, estamos salvando que el Parlamento hable de estos temas como no lo hizo el 9 de febrero de 1973, cuando el presidente tenía el 85 % de votos en este Parlamento: incomprensible, improcedente y desacertado.

Tal vez la finalidad fue construir el escenario de un relato histórico que, a todas luces, resultaría parcial y tendencioso; un relato descolgado, además, de la rigurosidad académica imprescindible, que no se corresponde con la institucionalidad histórica que esta Casa representa, porque, sin duda, durante el período de gobierno de Juan María Bordaberry hubo otros hechos reñidos con la institucionalidad democrática. Si eso es lo que se pretende abordar, previo a febrero de 1973 hubo muchos hechos tanto o más graves que los del 9 de febrero. Todos ellos integran un proceso histórico que termina con la disolución del Parlamento el 27 de junio de 1973 y da comienzo a la dictadura cívico-militar que ultrajó la institucionalidad del país hasta el inicio del año 1985.

El 15 de diciembre de 1972, por ejemplo, el diario *Aho-ra* comentaba un supuesto plan político de ocho puntos que refería a la interna de las Fuerzas Armadas en estos términos: «Este documento viene a corroborar lo que para

los observadores políticos es desde hace tiempo una realidad que rompe los ojos. El oficialismo enfrenta dos problemas: por una parte, la oposición del FA y del movimiento sindical y popular; por otro, los militares, que se encuentran desde algún tiempo impulsando la investigación de los ilícitos económicos y adquiriendo creciente influencia política». Y continúa el artículo: «Desde hace algún tiempo, para los observadores, no se ocultaba que la mejor manera de resolver los dos problemas, el de la oposición y el de las FFAA es, justamente, enfrentarlos entre sí».

El 12 de diciembre de 1972 -bastante antes del 9 de febrero- la Junta de Comandantes en Jefe y el Estado Mayor Conjunto de las Fuerzas Armadas, elevan un documento que se llama «Apreciación de situación al cumplirse el primer año de lucha antisubversiva», en el que afirman, entre otros conceptos «A través de doce meses de operaciones exitosas, las FFAA lograron asumir el control de la situación subversiva, infligiendo una derrota momentánea al aparato político-militar de la sedición [...]. Los factores que favorecen la subversión en el país son: deterioro de la moral pública; economía estancada y en crisis; escasez de fuentes de trabajo; inseguridad social; conducción política que no logra rápidamente alcanzar las grandes soluciones nacionales [...]. El poder político ha promulgado o se encuentra procesando algunas normas legales que buscarían atenuar algunos de los factores mencionados precedentemente, pero se sabe, a través de estudios realizados que, o bien no atacan los problemas a fondo, o bien resultan insuficientes, inoperativas o descoordinadas. A través de la lucha antisubversiva, los integrantes de las FFAA a todos los niveles tomaron plena conciencia de la problemática nacional y pudieron valorar la gravedad de la situación, la que, de no mediar una reacción firme e inmediata, lleva a la destrucción de las bases institucionales del país [...]. Los Mandos Militares, compenetrados de la grave situación nacional, de la expectativa popular por las grandes soluciones nacionales [...]».

Y sigue el documento.

¡Vaya si ya había intromisión de los militares en la política mucho antes de febrero de 1973!

En octubre de 1972, los mandos castrenses desconocen al poder civil y desatan una crisis que provoca la renuncia del ministro de Defensa Augusto Legnani, y del entonces comandante del Ejército, general Florencio Gravina. Todo se inició cuando un juez decidió liberar a dieciocho presos, cuatro de ellos médicos, que estaban detenidos y siendo brutalmente torturados en el Regimiento VI de Caballería. El responsable del regimiento, teniente general coronel Omar Goldaracena, respaldado por el jefe de la Región Militar n.º 1, general Esteban Cristi, no acató la resolución. El ministro Legnani hizo suya la orden y planteó el relevo del titular de Inteligencia, coronel Ramón Trabal. La respuesta fue una larga reunión cumplida en la residencia del Prado entre los mandos militares y el presidente Juan María Bordaberry. Los militares plantearon

nueve puntos, entre los cuales se encontraban la no remoción de mandos sin su previo conocimiento y el control de la Policía Nacional. El resultado fue que los médicos no fueron puestos en libertad; sí los catorce presos restantes. Cayó el ministro Legnani, lo sucedió Armando Malet, y el comandante Gravina fue sustituido por el general César Martínez. La situación es denunciada por Zelmar Michelini en un artículo del semanario *Marcha*, del 20 de octubre de 1972, que se tituló: «Los que saben callar». La nota culmina diciendo: «Queda por considerar el silencio del señor presidente. Sus razones tendrá para actuar así. Más vale no investigarlas. El saldo sería demasiado doloroso».

¿Había o no había intromisión antes del 9 de febrero de 1973?

«La verdad y otros rumores. Octubre ha sido el mes de los rumores. Golpes, golpazos y golpecitos. Fueros amenazados y amenazas de desafueros. Reuniones confirmadas y reuniones desmentidas. Batallas y escaramuzas de comunicados. Grandes redadas de presos por ilícitos, seguidos de grandes liberaciones de presos ídem. Posibles cambios en los mandos militares. Cónclaves de hombres públicos, divididos en dos categorías: secretos y supersecretos. El último rumor para exquisitos fue sobre un libro inédito, al parecer escrito por un sedicioso disidente, libro en el que no solo se enjuiciaría a la organización subversiva, sino que además involucraría a connotadas figuras de todos los partidos [...]». Esto es parte de un artículo publicado en *Marcha* el 20 de octubre de 1972, bastante antes del 9 de febrero.

También en octubre de 1972, como bien lo mencionó el legislador Pasquet, el líder de la Lista 15, Jorge Batlle, denunció una acción ilegal de los militares, ocurrida por la influencia del extupamaro Amodio Pérez. Oficiales del Ejército habían retenido en busca de datos al actuario del juzgado civil que investigaba la presunta infidencia de la devaluación monetaria de abril de 1968. Batlle reclamó saber qué había detrás de todo eso. Al día siguiente, el diario *Ahora* reveló que las unidades VI y IX de Caballería reclamaban la inmediata detención de Batlle. Volvieron las reuniones de los mandos con Bordaberry, y el viernes 27, a las 2 de la madrugada, se convocó de urgencia a la prensa.

Bordaberry emplazó a Batlle a fundamentar sus dichos, y anunció el pase de los antecedentes a la Justicia Militar. Finalmente, Batlle fue detenido y procesado por «ataque moral al Ejército». ¡Miren de lo que estamos hablando! De la detención del doctor Jorge Batlle; estuvo preso veinticuatro días, y la Lista 15 se retiró del gabinete. El líder colorado aquí presente, el expresidente Julio María Sanguinetti, al referirse a los sucesos de octubre de 1972, señalaba en un reportaje a una agencia del exterior: «Es muy claro que hay un grupo militar que está haciendo política y lo hace a costa de la autoridad presidencial [...]. Se lo observa al presidente reunido constantemente con los mandos militares».

La soledad del presidente era tal que, a pesar de los acuerdos políticos y de una bancada con mayoría clarísima, terminó intentando refugiarse en el pueblo, al que convocó a rodearlo y, por supuesto, su descrédito era tal que nadie lo respaldó.

La tapa del semanario *Marcha*, de 20 de octubre de 1972, preguntaba: «¿Quién manda en este país?».

Antes aún, el 26 de mayo de 1972, las Fuerzas Armadas, por medio de su Comando y la Junta de Comandantes en Jefe, hace conocer con toda precisión al mando superior —o sea, al presidente de la república— la opinión de los mandos castrenses y su visión directa y fundada, de acuerdo con lo que pensaban que estaba sucediendo en el país. Y ni que hablar de lo que para mí fue una trampa reeleccionista de los comicios de 1971, que colocó a Juan María Bordaberry —un antidemócrata declarado—, bajo el lema Partido Colorado, en la presidencia de la república, quien terminó luego disolviendo las Cámaras de esta Casa. En estos tiempos en que «hacerse cargo» es el verbo, alguien tal vez asuma esa responsabilidad histórica de haber puesto al frente del Uruguay a un antidemócrata confeso como Juan María Bordaberry.

Pero como fuimos convocados para aportar nuestra consideración acerca de los hechos políticos, yo me voy a referir a algunos pasajes del discurso del general Seregni del día 9 de febrero de 1973. Y con esto voy a terminar, señora presidenta.

Decía Seregni: «La militancia frenteamplista está preparada, como siempre, para el diálogo sincero y fecundo; y también está preparada para la acción. Hoy más que nunca debe estar preparada para la acción. Por eso militancia y dirigencia del Frente Amplio están prontos a conceder su apoyo crítico a todas las instancias políticas, económicas y sociales que vayan en defensa de la causa popular».

Más adelante continúa así: «La historia que se estaba gestando, si ha de ser genuina [...], no se produce en la negociación oculta, sino del pueblo y no de la transacción reservada a unos pocos [...].

La patria es de todos, y se conquista luchando junto a todos los verdaderos patriotas; la construye el obrero y el ama de casa; la construye el estudiante y el profesional, el militar, el campesino, el empresario.

Nada de falsos dilemas, de opciones falsas. Nada de dogmatismos ni de los prejuicios y falsas oposiciones con que intentan defenderse [...] Una vez más, la cuestión es solo [...] entre los que comercian con nuestra soberanía y los que saben honrar la memoria de nuestro padre Artigas».

Continuaba diciendo el general Líber Seregni en un acto público en 8 de Octubre y Comercio, el 9 de febrero de 1973: «La consigna de la hora es un alerta general a todos los militantes frenteamplistas». Y finalizaba: «Una

vez más, compañeros, ¡a luchar por nuestros ideales, que la lucha es hermosa y la empresa es grande!».

Esta Cámara está hoy –finalizo con esto – pagando una deuda histórica al realizar esta sesión.

En aquel fatídico año, y ante la situación tan difícil del Uruguay, el Parlamento estuvo ausente cuando el pueblo y la democracia más lo necesitaban. Adelantémonos a decir que no fue así, por suerte, el 27 de junio de 1973.

Esperemos que nunca más haya insubordinación militar al Poder Ejecutivo, ni un presidente antidemocrático; que nunca más haya silencio parlamentario en una crisis institucional, y que siempre, ¡siempre!, haya reservas democráticas y firmeza en los representantes de la ciudadanía para poner freno a todo proceso autoritario, cívico o militar que atente contra la Constitución de la república.

Muchas gracias.

(Aplausos en la sala y en la barra).

SEÑORA PRESIDENTA.- Tiene la palabra el señor legislador Jorge Gandini.

SEÑOR GANDINI.- Señora presidenta: quiero comenzar destacando la presencia en sala de los comandantes en jefe de las Fuerzas Armadas, de los almirantes, del jefe del Esmade (Estado Mayor de la Defensa), por supuesto, del señor ministro de Defensa Nacional, doctor Javier García y, sin duda, del expresidente Julio María Sanguinetti, testigo, protagonista de los tiempos que hoy estamos aquí rememorando.

Quiero comenzar diciendo que me resulta inútil discutir hoy si el golpe de Estado fue en febrero o en junio, porque fue un proceso repleto de causas y concausas, algunas externas y muchas internas, que fueron generando un deterioro, no solo de las instituciones, sino también del vínculo del pueblo uruguayo con ellas. Porque nadie puede no relacionar estos episodios con la guerrilla armada y la reacción de las instituciones ante ellas; nadie puede llegar a estos episodios de 1973 sin vincularlos al gobierno de Pacheco Areco y a las elecciones de 1971. Pero sí está claro que en febrero de 1973 se produce la ruptura institucional, el golpe de Estado; es decir, el desplazamiento de autoridades legítimamente electas se produce en junio, pero la ruptura institucional, el quiebre, se produce cuando las Fuerzas Armadas deciden intervenir directamente en política. Pero, este tampoco fue un hecho que nació de la nada el 9 de febrero; venía gestándose. Ya el 19 de octubre de 1972, el doctor Vasconcellos daba cuenta al Senado de un documento que había llegado a sus manos, que se manejaba que se había redactado en el seno de las Fuerzas Armadas, aunque sin firma, en el que en esencia estas entendían que el éxito que habían logrado en la lucha contra la subversión –término que se usaba en aquellos tiempos para denominar lo que a lo mejor hoy nombraríamos terrorismo— les había generado un fuerte prestigio en la población que les permitía comenzar a incidir en las decisiones políticas del país, sobre todo en aquellas vinculadas al desarrollo nacional. Y empezaban a incorporar una suerte de programa de acción política a través de la incidencia en las fuerzas formales de la democracia del país.

Ese proceso que fue creciendo desde 1972 en adelante se fue alimentando con sucesos de una situación de enorme conflicto que vivía el país. En la distancia podemos analizar y hasta opinar con tranquilidad, pero metidos en ella, seguramente, hubiera sido muy difícil encontrar el camino. Lo cierto es que se fueron radicalizando las posiciones, y el desencuentro entre las Fuerzas Armadas y un gobierno cuestionado, pero legítimo, que presidía Juan María Bordaberry, llevó a los comunicados del 9 de febrero. Sobre esta situación que no era ajena al debate del propio Parlamento y de todos los partidos es que va alertando con enorme lucidez el senador Amílcar Vasconcellos.

Aquellos comunicados los emiten no las Fuerzas Armadas, sino dos de ellas, aunque los refieren a la Junta de Comandantes. Vale la pena leerlos, sobre todo, el n.º 4 y el n.º 7, pues son extremadamente ilustrativos.

El comunicado n.º 4 en el numeral 4.º dice: «Los integrantes de las Fuerzas Armadas, a todos los niveles, tomaron conciencia plena de la problemática que afecta al país, a través de su especial participación en el quehacer nacional» —que se les había encomendado— «ocurrida en el último año y han valorado la gravedad de la situación, la que exige una reacción firme, con la participación honesta de todos los sectores del pueblo uruguayo, porque en su defecto, irremediablemente se llegará al caos total».

En el numeral 5.° se establece: «Se han planteado, entonces, procurar alcanzar o impulsar la obtención de los siguientes objetivos: [...]», y traza un programa: «[...] Establecer normas que incentiven la exportación [...]» –voy a leer la primera frase de cada literal— «[...] Reorganización del servicio exterior [...] Eliminar la deuda externa opresiva [...] Erradicar el desempleo y la desocupación mediante la puesta en ejecución coordinada de planes de desarrollo [...] Reorganización y racionalización de la administración pública y el sistema impositivo [...] Redistribución de la tierra [...]». Y sigue: «[...] Creación, fomento y defensa de nuevas fuentes de trabajo [...] Extirpar todas las formas de subversión [...]». ¡De todo! ¡Un programa de gobierno!

Además, todo lo reafirman en el Comunicado n.º 7 del día siguiente, y lo corrigen. Dice: «Nos olvidamos de incorporar determinadas cosas», y las incorporan, porque el programa de gobierno les había quedado incompleto.

La sociedad política – y no solo política – se dividía en dos visiones. Una cuestión era entre democracia y dictadura, entre civiles y militares, entre instituciones o no, y la otra decía que era entre oligarquía y pueblo. La oligarquía está representada por el gobierno y el pueblo está in-

tegrado por los trabajadores, los pequeños comerciantes, los productores y los militares honestos. Esta concepción fue quebrando la unidad del sistema político. Por un lado, estaban los que buscaban la manera de reencontrar un encauce, y es verdad que no hubo Asamblea General, pero también es verdad que fuera de la Asamblea General y del recinto se negociaban salidas, algunos procurando sostener lo esencial del sistema político democrático.

Es verdad que el general Seregni en su discurso del 9 de febrero -se hace en un acto que estaba previsto para que se conmemorara el aniversario del Frente Amplio-, más allá de que reconoce que la cuestión es entre la oligarquía y el pueblo, termina pidiendo la renuncia de Bordaberry. Pero otros, en una línea similar, negociaban una salida política, preservando la esencia del sistema: la renuncia de Bordaberry, la asunción de Sapelli -el vicepresidente- y la convocatoria inmediata a elecciones. Esa era la posición de la mayoría del Partido Nacional liderada por Wilson Ferreira Aldunate, que la hace expresa el 13 de febrero en su alocución radial. Mientras tanto, iban pasando cosas y se iban alineando en el país las posturas, no solo las de los partidos, sino también las de los sectores de los partidos y de la central sindical que en su comunicado de ese mismo día deja abierta la puerta de la negociación con los militares. Podemos leer aspectos de todas esas declaraciones.

Recomiendo pegar una leída a uno de los lúcidos intelectuales de izquierda que tuvo este país en aquel tiempo, Carlos Quijano. Hay un cuaderno llamado 7 días que conmovieron a Uruguay, cuyo original yo guardo como un tesoro entre las reliquias, que pude sacar de internet e imprimí hoy para recordar algunos acontecimientos y poderlos subrayar. Aquí está la postura que cada uno tuvo en aquellos tiempos, y es bueno decir que entre todos hubo pecados y que en todos lados hubo pecadores. Nadie puede decir: «Yo estoy libre» o «Mi partido estuvo libre de confusiones».

Aquí está lo que dijo cada uno y dónde se alineó cada uno. El Partido Comunista fue el más explícito. A través de su semanario El Popular da la opinión, y la opinión hay que leerla. Dice: «Para quienes, como nosotros, consideramos que el dilema del país es oligarquía o pueblo, no puede haber otra opinión. ¿Por qué nos parece, en general, positivo el documento de las Fuerzas Armadas?». Y va destacando todos y cada uno de esos puntos programáticos que yo decía; los afirma y los reafirma, hasta que al final dice que cometen un error. Dice: «Las Fuerzas Armadas deben reflexionar sobre este hecho: los marxistasleninistas, los comunistas, integrantes de la gran corriente del Frente Amplio, estamos de acuerdo en lo esencial con las medidas expuestas por las FFAA como salidas inmediatas para la situación que vive la república, y por cierto no incompatibles con la ideología de la clase obrera y sin perjuicio de nuestros ideales finales de establecimiento de una sociedad socialista. Y quien más combate al marxismo-leninismo, la rosca oligárquica, se opone tenazmente al rumbo que han fijado las FFAA». Es decir, la lógica

que también estaba en juego en esos días era: las Fuerzas Armadas se oponen a la oligarquía gobernante que quiere imponer sus intereses y su visión, y por eso el presidente Bordaberry quiso desarticularlas nombrando al ministro Francese; por eso sugiere una alianza con quienes combaten a la oligarquía que, al final, es el enemigo.

Yo no creo que hoy sea un día para pasarnos factura, porque nos hemos pasado mil y todos tenemos para pasarnos en esos tiempos, pero creo, sí, que vale esta iniciativa del Partido Colorado para recordar a aquellos que se plantaron firme y que no se marearon ni se confundieron. ¡Y los hubo en todos lados! Los hubo en la izquierda, los hubo en las Fuerzas Armadas, los hubo en el Partido Colorado, los hubo en el Partido Nacional. ¡Y hubo confusos en todos lados!

Lo importante de esta instancia, primero, es valorar lo que tenemos. Parece una historia de ficción ver a las Fuerzas Armadas opinando en política, metiéndose y queriendo influir, interviniendo, detentando un lugar de poder y siendo centro y eje del debate de la vida del país. A nadie se le ocurriría que esto pudiera pasar hoy, ni cerca. Por suerte, ese período posterior que nace en 1985 con muchos traumas y problemas, pero que consolida la democracia que hoy tenemos, nos llevó a que hoy tengamos eso como un activo incuestionable, del que nadie duda: ni las Fuerzas Armadas ni ninguno de los partidos políticos. No hay nostálgicos de los tiempos que hoy recordamos. Creo que todos hemos madurado lo suficiente. Algunos habremos hecho la autocrítica que nos corresponde y nos podremos sentir orgullosos de la parte que nos toca por haber sido protagonistas y haber estado del lado que había que estar, y otros habrán hecho su autocrítica -si es que la hicierony podrán reivindicar lo bueno que creen. Pero lo cierto es que todo aquel proceso terminó en un golpe de Estado y algunos de los que analizaban que eso era conveniente, dejando de lado las ideas fundamentales que inspiran a una democracia, en un brutal y descarnado pragmatismo de conveniencias, fueron los que más sufrieron el 27 de junio y posteriormente, y venían sufriendo de antes.

¡Todo eso tiene que servirnos! Yo soy casi contemporáneo; tenía trece o catorce años. Recuerdo que era delegado de mi clase en el Liceo n.º 21; era parte sufriente -desde mi humilde visión adolescente- de aquellos tiempos. Hoy tengo sesenta y cuatro años; quien hoy tiene cincuenta no había nacido. Hay que dejar un testimonio claro de reflexión positiva y constructiva para adelante, porque el «Nunca más» no puede ser solo el título de un libro o una consigna vacía. Tiene que ser un compromiso para que el país transcurra siempre -aunque duela- por el camino de la defensa de las instituciones, de la democracia y sus valores. La libertad es un valor incuestionable que no puede ponerse jamás en riesgo; no hay nada que convenga, que la ponga detrás de esa conveniencia. Yo creo que no estamos lejos de eso, que somos un oasis en la región, que tenemos mil conflictos, problemas y rispideces cotidianas entre nosotros, pero considero que también hemos madurado y aprendido como para saber que hay líneas que no se pueden pasar.

Hoy aquí está todo el espectro político y están las Fuerzas Armadas, y eso me llena de orgullo.

Hubo, en aquellos tiempos, idealistas y acomodados; valientes y cobardes; lúcidos y confusos; minorías de izquierda y minorías de derecha iluminadas que creyeron que podían conducir a las mayorías equivocadas y descarriadas. Fueron tiempos que el país necesitó pasar para entender, aprender y salir. Fueron tiempos duros para el país y para las personas que estaban en el medio del conflicto; también fueron duros para muchos que no tenían nada que ver con ese conflicto y la pagaron al contado por vivir en aquella sociedad autoritaria, sin libertad, sin prensa libre, sin partidos, sin elecciones, sin poder decidir. Fueron tiempos duros para todos.

Bien hacemos en parar y mirar: dónde estuvo cada uno; dónde nos equivocamos; dónde hicimos bien; qué es lo trascendente y lo valioso que jamás se puede perder, más allá de qué convenga.

Entre los valores y el pragmatismo conveniente para ser uruguayos y orientales hay que optar siempre por los valores; es lo que esto nos deja. Y hay que erigir monumentos a quienes con el coraje que había que tener en aquel tiempo se la jugaron por esas posiciones.

Gracias, señora presidenta.

(Aplausos en la sala y en la barra).

SEÑORA PRESIDENTA.- Tiene la palabra el señor legislador Raúl Lozano.

SEÑOR LOZANO.- Señora presidenta: agradecemos la presencia del expresidente Sanguinetti, de los ministros, de los comandantes de las Fuerzas Armadas, del jefe del Estado Mayor de la Defensa (Esmade) y de las distintas autoridades presentes en las barras.

Sin duda, es para nosotros muy significativo estar aquí, en el día de hoy, convocados para hablar sobre los hechos políticos acontecidos el 9 de febrero de 1973.

Entendemos que es muy difícil analizar hechos políticos sin ponerlos dentro de un contexto histórico, por lo cual brevemente haré una reseña de lo que se estaba viviendo en aquella época.

Luego de la Segunda Guerra Mundial el mundo se abre a la bipolaridad que es llevada, si se quiere, por dos imperios: el de la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas y el de los Estados Unidos de América.

En 1959, Fidel Castro vence con la Revolución cubana al sargento Batista. Allí comienzan en nuestra América

Latina una serie de movilizaciones del tipo de guerrilla para tratar de llevar a una sociedad más justa —decían— en la que todos fuésemos iguales. Eso se da en toda América Latina; viene a Uruguay Ernesto *Che* Guevara y dice que aquí no se daban las condiciones, pero lo cierto es que en 1962, con el asalto al Club de Tiro Suizo, comienza una etapa de violencia que conmociona a la sociedad uruguaya.

El país se encontraba en democracia; en 1962 había ganado por segunda vez el Partido Nacional. Se celebran elecciones democráticas en noviembre de 1966 y el 1.º de marzo del año 1967 asume, como corresponde democráticamente, el general Óscar Gestido. Lamentablemente, fallece el 6 de diciembre de ese mismo año y asume la presidencia de la república el vicepresidente, Jorge Pacheco Areco.

En esos tiempos se hablaba –según hemos leído en la prensa de aquella época y al consultar distintos libros–de cambiar las estructuras. «Revolución» era la palabra que más se invocaba por parte de determinados sectores de la sociedad.

Ahí se empiezan a suceder una serie de asesinatos, secuestros y robos de bancos. En principio, algunos ven esto con buenos ojos –recuerdo haber leído sobre el robo a Manzanares y el reparto de lo que habían robado entre los más pobres—, pero luego empieza esa etapa de violencia.

El 6 de setiembre de 1971 hay una fuga masiva del penal de Punta Carretas, es decir, en plena democracia. El 9 de setiembre, el presidente de la república Jorge Pacheco Areco dispone que las Fuerzas Armadas conduzcan la guerra contra la subversión; así se le llamaba en aquella época, como recién dijeron.

Trataré de no ser reiterativo con algunos hechos que se mencionaron, pero quiero ir nombrando varios que entiendo que son importantes.

En noviembre de 1971 se realizan elecciones democráticas en el país, más allá de que algunas voces dijeron que había ocurrido fraude y demás; hubo elecciones democráticas y así lo testificó la propia Corte Electoral. Vuelve a ganar el Partido Colorado y, en este caso, obtiene la presidencia Juan María Bordaberry, al no lograr Jorge Pacheco Areco modificar la Constitución de la república que, como sabemos, no permite una reelección inmediata de un presidente. Por eso, el 1.º de marzo de 1972 asume Juan María Bordaberry.

No podemos dejar de mencionar que en ese momento se vivía en este país una verdadera conmoción. Tanto es así que en este mismo Parlamento y en este mismo lugar, el 14 de abril de 1972, cuando apenas llevaba un mes y poco el presidente Bordaberry en ejercicio, se vota la declaración de estado de guerra interno. No fue por casualidad—supongo— que los que estaban sentados en estas mismas butacas aprobaran por más de dos tercios de votos el

estado de guerra interno. Creo que es un hecho por demás significativo.

En octubre –ya se mencionó, pero quiero agregar algo a lo que se dijo– se produce el suceso en el que se detiene al doctor Jorge Batlle. Él mismo hizo la denuncia de que había negociaciones de las Fuerzas Armadas o de algunos sectores de las Fuerzas Armadas con el Movimiento de Liberación Nacional en el Batallón Florida; ese fue otro de los motivos por los cuales termina ocurriendo la renuncia del ministro y el comandante en jefe.

El 1.º de febrero sucede lo que también se señaló acá: el doctor Vasconcellos hace por radio la denuncia de la avanzada militar que había en el país.

El 8 de febrero de 1972, el presidente nombra como nuevo ministro de Defensa al general Antonio Francese en lugar de quien ocupaba el cargo hasta ese momento, Armando Malet, que había sustituido al doctor Legnani. En ese momento se reúne con los distintos comandantes; de la Armada Nacional, el Ejército Nacional y la Fuerza Aérea Uruguaya, y solo el comandante de la Armada Nacional le manifiesta su apoyo.

Se habló aquí también de que los mandos militares del Ejército Nacional y la Fuerza Aérea Uruguaya de aquella época se reúnen y dicen que no van a obedecer lo que el presidente de la república había dispuesto y que no van a reconocer nada menos que al ministro de Defensa. Ese suceso ya de por sí, para nosotros, representa el golpe de Estado fáctico; fue ahí el golpe de Estado. Sin ninguna duda, el 9 de febrero se produce el golpe de Estado.

En la madrugada, como se dijo aquí, el vicealmirante Zorrilla manda cercar la Ciudad Vieja y que los buques se pusieran en posición de combate. A su vez, el Ejército responde sacando sus tanques a la calle y se dan todos estos actos que lamentamos que hayan ocurrido, pero que sí sucedieron en este país.

Los mandos de la Fuerza Aérea y del Ejército sacan el famoso Comunicado n.º 4, en el que establecen diecinueve objetivos nacionales, en su mayoría socioeconómicos. Como venimos diciendo, el país vivía una situación realmente muy convulsionada desde el punto de vista social, económico y también político. Erradicar el desempleo, atacar la corrupción y los ilícitos económicos, y redistribuir la tierra eran, entre otros, los objetivos que se fijaban entonces aquellos mandos militares.

Posteriormente, desde distintas unidades navales del Cerro se generan comunicados que desacatan al vicealmirante Zorrilla, por lo que termina renunciando, y Bordaberry concurre a Boiso Lanza, donde se celebra el llamado Pacto de Boiso Lanza, precisamente. Allí, se acuerda la creación del Cosena –Consejo de Seguridad Nacional– y se completa ese deslizamiento hacia el gobierno cívicomilitar, hacia el poder militar que venía avanzado desde

aquella época. El centro de poder pasa efectivamente a los militares: allí se produce el verdadero golpe de Estado.

Según la hemeroteca de nuestra biblioteca y de la Biblioteca Nacional —ahora sí voy a citar textualmente—, el 11 de febrero de 1974 el editorial del diario *El Popular*, el diario oficial del Partido Comunista, en sus fragmentos, decía: «El país necesita cambios, el pueblo quiere cambios.

Pensamos que es razonable que las Fuerzas Armadas, que no se consideran "una simple fuerza de represión o vigilancia", quieran dar su opinión sobre la problemática del país».

Sigue diciendo *El Popular*: «Y si hay una "realidad" que debe ser cambiada y las Fuerzas Armadas no quieren ser el brazo armado de los grupos económicos y políticos que pretenden apartar a las Fuerzas Armadas de sus fines, es imprescindible que se reconozca su pensamiento, y esto es tan indiscutible que incluso el senador Washington Beltrán, que apoya al señor Bordaberry, tuvo que reconocer ayer en *El País* que "no cuenta más el viejo concepto de las Fuerzas Armadas en los cuarteles". Están presentes, deben estar presentes como otros sectores, en la solución de la problemática nacional».

Continúa diciendo *El Popular*: «Para quienes, como nosotros, consideramos que el dilema del país es oligarquía o pueblo, no puede haber otra opinión».

El Popular cita textualmente también: «Nosotros hemos dicho que el problema no es el dilema entre poder civil y poder militar, que la divisoria es entre oligarquía y pueblo, y que dentro de este caben indudablemente todos los militares patriotas que estén con la causa del pueblo, para terminar con el dominio de la rosca oligárquica».

Y el mismo editorial de *El Popular*, se pregunta: «¿Por qué nos parece, en general, positivo el documento de las Fuerzas Armadas?».

Sigo leyendo textualmente: «Porque plantea la preservación de la soberanía, "no solo la defensa territorial de la patria, sino también, y muy especialmente, la de su más absoluta libertad de decisión, tanto referido a los asuntos internos como a los problemas de las relaciones internacionales". Porque expresa la necesidad de "atacar con la mayor decisión y energía los ilícitos de carácter económico y la corrupción donde se encuentre".

Porque plantea la "redistribución de la tierra buscando la máxima producción por hectárea".

Porque se pronuncia por disposiciones que permitan combatir eficazmente como sea posible los monopolios, instrumentando medidas que posibiliten la mayor dispersión de la propiedad y un mayor control público de los medios de producción».

Sigue diciendo *El Popular* en su editorial: «Porque se plantea en diversos puntos la elevación general del nivel de vida de los trabajadores y de las capas populares (fuentes de trabajo, aumento de la participación de los actuales sectores menos favorecidos en el ingreso nacional, adecuada política de salarios y precios, etcétera).

Porque afirma la necesidad de "eliminar la deuda externa opresiva".

Porque expresa una opinión a favor del cambio de la política crediticia, dando preferencia a las pequeñas y medianas empresas y a las cooperativas de producción.

Porque plantea una serie de medidas de saneamiento en el servicio exterior y en los entes autónomos para los que deben designarse a los hombres más capaces sin criterio de cuota política además de plantear la participación de las Fuerzas Armadas en todos los organismos concernientes a la seguridad y soberanía nacional, y la participación de los obreros en las empresas del sector público».

Continúa *El Popular*: «Es indudable que estos puntos implican cambios de significación, y que ellos están en contradicción con la realidad imperante: abdicación de la soberanía nacional frente al imperialismo en múltiples problemas políticos y económicos (incluyendo las imposiciones del Fondo Monetario Internacional); negociados escandalosos de la rosca (banca, frigoríficos, grandes empresas laneras, etcétera).

Es natural que a la oligarquía le disgusten estos objetivos. ¡Hablan de la defensa de las instituciones que ellos han atacado y las han ido transformando en cáscara vacía, cuando en realidad lo que temen es perder sus inmensos privilegios! ¡El pueblo sí tiene derecho a hablar de democracia y no los rosqueros ni los ministros empresarios ni los políticos corruptos, que solo han pensado en las Fuerzas Armadas como escudo de sus indecentes canonjías!

Entre estos preceptos se establece también desde el punto de vista ideológico: "Proceder en todo momento de manera tal de consolidar los ideales democráticos republicanos en el seno de toda la población, como forma de evitar la infiltración y captación de adeptos a las doctrinas y filosofías marxistas-leninistas, incompatibles con nuestro tradicional estilo de vida".

Se trata de un evidente error, que incluso se contradice con el resto del documento, y que podría llevar a confusión a una gran parte de los trabajadores, que se sentirán discriminados en perjuicio de la mejor comprensión de los objetivos de las Fuerzas Armadas restringiendo su repercusión en las masas.

Las Fuerzas Armadas deben reflexionar sobre este hecho: los marxistas-leninistas, los comunistas, integrantes de la gran corriente del Frente Amplio, estamos de acuerdo en lo esencial con las medidas expuestas por las FFAA

como salidas inmediatas para la situación que vive la república, y por cierto no incompatibles con la ideología de la clase obrera y sin perjuicio de nuestros ideales finales de establecimiento de una sociedad socialista. Y quien más combate al marxismo-leninismo, la rosca oligárquica, se opone tenazmente al rumbo que se han fijado las FFAA».

El Popular también cita un pronunciamiento de la CNT –la Convención Nacional de Trabajadores–, que expresa lo siguiente: «Frente a la gravedad de los hechos la CNT en nombre de la clase obrera uruguaya consideró imprescindible dar su palabra al pueblo. Terminar con la corrupción. El gran enemigo: La Rosca Oligarca».

Reitero que esto lo cita textualmente *El Popular*, y continúa así: «Por eso el Movimiento Obrero se ha levantado permanentemente en lucha por la nacionalización de la banca, del comercio exportador, el monopolio estatal de divisas, la reforma agraria, medidas drásticas y enérgicas contra el gran contrabando... y la defensa irrestricta de la soberanía nacional.

Por la unidad del pueblo uruguayo. La real alternativa: Oligarquía o Pueblo. Mal pueden hablar de la defensa de las instituciones quienes no vacilaron en clausurar sindicatos, en destituir militantes y dirigentes gremiales al margen de la Constitución y de la ley, en militarizar gremios enteros provocando falsos enfrentamientos entre militares y trabajadores solo para imponer las políticas de congelación de salarios y las ganancias desmedidas de un puñado de oligarcas».

Esto lo firma el Secretariado Ejecutivo de la CNT.

El país se construye mirando al futuro, señora presidenta, y no dividiendo sobre el pasado.

Voy a citar una frase de Cicerón, del siglo I antes de Cristo—hace más de dos mil años—, que dice: «Como nada es más hermoso que conocer la verdad, nada es más vergonzoso que aprobar la mentira y tomarla por verdad».

Muchas gracias, señora presidenta.

(Aplausos en la sala y en la barra).

SEÑORA PRESIDENTA.- Tiene la palabra el señor legislador Iván Posada.

SEÑOR POSADA.- Señora presidenta: el señor legislador Pasquet, en el inicio de su intervención, señalaba una verdad absolutamente incontrovertible: en política y en la valoración de estos hechos históricos no existe la generación espontánea. La biología lo demuestra: no existe generación espontánea.

Los hechos de febrero del año 1973 tienen detrás un largo período histórico de nuestro país, en el que claramente hubo un descaecimiento de las libertades. Primero, porque el país entró sobre fines de los años cincuenta en un período de estancamiento y de inflación, o de estanflación, como dicen ahora los economistas. Claramente, en ese período de un crecimiento menguado de nuestra economía hubo un deterioro, inflación mediante, del poder adquisitivo, especialmente de los asalariados. Pero el Uruguay transcurría en el medio de las libertades democráticas, hasta que en diciembre de 1967 ocurrió el lamentable fallecimiento del general Gestido, un hombre de profunda fe democrática, reconocido por su honradez. Había llegado a la presidencia de la república y a los pocos meses de iniciar su mandato, el 6 de diciembre de 1967, falleció y lo sustituyó quien había sido elegido como candidato a la vicepresidencia de la república, el señor Jorge Pacheco Areco.

La realidad, señora presidenta, es que particularmente a partir de junio de 1968 comienza en nuestro país un claro deterioro de las libertades: un inciso de la Constitución pasa a ser la clave, y se da la instauración de las medidas prontas de seguridad como forma de gobierno. Esa realidad es, de alguna manera, la que genera —al amparo de esas medidas— decisiones de carácter económico que, a nuestro juicio, tuvieron especial significación a la hora de generar una protesta, como la congelación de precios y salarios que, a fin de cuentas, significó—como pasa siempre—no congelación de precios, sino congelación de salarios.

El país ingresa en una espiral de violencia que se manifiesta y se desarrolla en la protesta. En esas protestas sucede la muerte de un primer estudiante como Líber Arce, y hay otros que, a lo largo del tiempo y de esos años, también encuentran la muerte en la protesta frente a la situación del país.

¡Qué bueno habría sido, señora presidenta, si en aquel tiempo en el que empezó a desarrollarse una espiral de violencia se hubiera hecho presente y reconocido algo que decía don José Batlle y Ordóñez! Él decía que los regímenes opresivos son los que sugieren y alimentan las ideas revolucionarias; en lugar de abatir la protesta, son ellos los que le dan vida y la hacen llegar a la violencia. Esa espiral de violencia de un lado y de otro se fue acrecentando en el país, y está -yo diría- en los antecedentes de la situación que vivimos después, con el planteo de la reelección de Pacheco Areco y la llegada -con los votos de Pacheco Areco- de Bordaberry, quien -como ya ha sido dicho- había sido senador por el Partido Nacional, pero pertenecía a un movimiento que ha tenido una significación importante -desde mi punto de vista negativa- en la vida del país, como fue el ruralismo. De allí venía Bordaberry y allí estaban las bases, también, de una mirada imbuida de muchos de los pensamientos que dieron lugar al fascismo.

Aquellos hechos generaron todo lo que sabemos: la espiral de violencia y la respuesta desde el Estado; la declaración del estado de guerra interna, la ley de seguridad; todos hechos que fueron, de alguna manera, retroalimentándose y generando la situación que derivó en estos acontecimientos que estamos conmemorando hoy.

Pero para entender esa realidad primero debemos tener presente también lo otro. Esto fue una sucesión de hechos y creo que a lo largo del tiempo, en ese recordar, vale la pena traer a colación lo que opinaba, desde las páginas de *Marcha*, el doctor Carlos Quijano. Así como se señalaba por parte del señor diputado Pasquet y otros oradores que me precedieron en el uso de la palabra que vale recordar la importancia que tuvo, en ese momento, el senador Amílcar Vasconcellos, también es bueno traer a colación lo que en las páginas de *Marcha* marcaba Carlos Quijano.

Decía Quijano en este editorial de febrero de 1973, que tituló La era de los militares: «El 8 de este mes de febrero, no obstante, los mandos militares declaraban que "han decidido desconocer las órdenes del ministro de Defensa Nacional general Francese, al mismo tiempo que sugerir al señor presidente de la república la conveniencia de su relevo". Dejemos la sugestión, que es un eufemismo y detengámonos en el desconocimiento. ¿Cómo califican a este acto los códigos, las leyes y demás? ¿Cómo lo castigan? ¿Solo merece el título de subversión la otra, la derrotada? Y, además, ¿qué significa el hecho? Desde ese momento -es lo que trágicamente olvida o intenta olvidar el señor Bordaberry- la autoridad del presidente -no solo la del ministro de Defensa- estuvo cuestionada. Pero después el descaecimiento se agravó y de tal autoridad únicamente queda el vago reflejo».

Los hechos son conocidos y, de alguna manera, hace un señalamiento de ellos Carlos Quijano, al decir: «El designado Ministro de Defensa Nacional renuncia y durante horas y días, el presidente de la república, que no se resigna a abandonar su puesto, conferencia con los mandos.

Para sobrevivir, el señor Bordaberry pierde las razones de vivir. La opción, sin embargo, no era dudosa: resistir o dimitir. Eligió someterse. Prefirió el emparchado a la decisión. Para él, según se desprende de sus propias palabras, lo fundamental es durar hasta el término de su mandato, aunque ese su mandato penda de un hilo que no está en sus manos y aunque del poder consiguiente solo ejerza, menos del que le compete o poco o nada».

En este editorial también hace referencia a los comunicados n.º 4 y n.º 7 –escuchamos la referencia que hizo a ellos, en particular, el señor legislador Jorge Gandini— que eran, de alguna manera, una manifestación de voluntarismo, porque a lo largo del tiempo hemos aprendido que muchas de las cosas que se dicen allí no suceden por la vía de la declaración de palabras, sino que los hechos son realmente mucho más complejos.

Creo que tenemos que quedarnos con las lecciones que nos dan estos hechos históricos y que, de alguna manera, deberían guiarnos cuando tenemos dudas.

La cuestión no es entre oligarquía y pueblo; la cuestión, como nos enseñó Artigas, es entre la libertad y el despotismo. La libertad es esencial para la vida democrática; sin libertad no hay posibilidades de encontrar los caminos de entendimiento que deben existir entre los partidos políticos.

Me parece que aprendimos la lección, señora presidenta, y es bueno que la recordemos y la tengamos siempre presente; aprendimos que debemos vivir en un régimen democrático, en el que son las mayorías las que deciden. Las mayorías son siempre circunstanciales, pero son las que deciden y las que conducen la vida de la república. Esa lección, que creo que la tenemos aprendida todos los partidos políticos, resulta clave para entender y desarrollar una vida en democracia y en paz.

Creo que si fuéramos realmente fieles al lema artiguista que dice que «Con libertad no ofendo ni temo», gran parte del camino que debe abonarse en la vida democrática lo tendríamos recorrido. Es bueno que siempre tengamos eso presente.

Gracias, señora presidenta.

(Aplausos en la sala y en la barra).

SEÑORA PRESIDENTA.- Estamos llamando a sala en virtud de que, como ustedes saben, debemos mantener el *quorum* establecido por el Reglamento para poder sesionar.

Por lo tanto, solicitamos a las bancadas que convoquen a sus legisladores.

Tiene la palabra el señor legislador Conrado Rodríguez.

SEÑOR RODRÍGUEZ.- Señora presidenta; señor expresidente de la república y secretario general del Partido Colorado, doctor Julio María Sanguinetti; señor subsecretario de Relaciones Exteriores, señor Nicolás Albertoni; señor vicepresidente de AFE, doctor Gustavo Osta; señor presidente de República AFAP, doctor Nilo Pérez; querido doctor Amílcar *Amilo* Vasconcellos, amigos presentes hoy aquí, en esta sala: hace muy bien la Asamblea General en conmemorar el 50 aniversario de los hechos acaecidos en febrero de 1973, que constituyeron un quiebre en la institucionalidad y el inicio formal de un proceso que terminó con la disolución de las Cámaras, el 27 de junio de 1973. Estos acontecimientos marcaron a fuego lo que terminó siendo una triste noche para nuestra república.

Muchos de los hechos –aquí se ha dicho– no se produjeron por generación espontánea, sino que se dieron a través de un proceso de muchos años, y también de contextos regionales e internacionales que se impusieron.

Luego de noventa y tres años ininterrumpidos de gobiernos del Partido Colorado, en 1958 el Partido Nacional, a través de una alianza con el sector del ruralismo, logró triunfar en las elecciones. Allí quedó demostrado que la rotación de los partidos en el gobierno era posible de manera pacífica, democrática y republicana.

En 1962 volvió a triunfar el Partido Nacional, pero esa vez por un estrecho margen, y cambiando la disposición interna del sector de gobierno, ya que la UBD pasó a formar parte del sector oficialista de gobierno.

Se demostró, por tanto, señora presidenta, que no era necesaria la lucha armada ni las muertes ni el avasallamiento de la democracia por parte de ningún grupo de iluminados que, imbuidos en la revolución cubana, nos llevaran a una situación que, por supuesto, absolutamente nadie en nuestro país deseaba.

Ya en el gobierno de Pacheco otro grupo de trasnochados intentó un golpe que fue desarticulado. A ese episodio la historia le llamó «El golpe de la buseca», y a la violencia le siguió otra violencia, y ese fue el tenor de lo que sucedió durante esos años.

Quiero referirme, señora presidenta, a los políticos y no políticos que se jugaron la ropa en los momentos más aciagos de nuestra república, a aquellos que lo dejaron absolutamente todo por la defensa de la Constitución y las leyes.

En octubre de 1972, como muy bien aquí se ha reseñado por parte de algunos legisladores, el doctor Jorge Batlle anunció que iba a hacer una conferencia de prensa. Iba a comunicarse por medio de una cadena de radio y televisión para anunciar lo que para él era el avance militar y el intento de desprestigio de la clase política a través de falsas acusaciones y rumores infundados. Allí emplaza a los militares y advierte sobre la existencia de negociaciones entre tupamaros y militares.

Posteriormente, el doctor Batlle es detenido por los militares y es mantenido incomunicado en la entonces Región Militar n.º 1 del Ejército. En aquel momento, una multitud lo acompaña durante su detención en el diario *Acción*, y al ser detenido dice: «Voy con la conciencia tranquila de cumplir con nuestro deber». Entonces, los tres ministros de la Lista 15 renuncian al gabinete, obviamente por la ilegítima detención del doctor Batlle, y se solidarizan con él y con sus dichos.

Además, la agrupación Unidad y Reforma afirma en un comunicado que se declara en sesión permanente a efectos de tomar todas las medidas alternativas a este proceso que se aconsejen, a fin de sostener las instituciones políticas nacionales hoy agraviadas por la pérdida de la libertad del doctor Jorge Batlle.

Finalmente, la justicia militar procesa a Batlle por ataque a la fuerza moral de las Fuerzas Armadas.

El lunes 30 de octubre de 1972, la convención del Batllismo Unido, presidida en aquel momento por don Héctor Grauert y don Renán Rodríguez, en un clima de crispación, se solidariza con la situación del doctor Jorge Batlle. Es ahí donde el doctor Julio María Sanguinetti señala enfáticamente la existencia de algunos individuos exorbitados dentro de las Fuerzas Armadas.

Finalmente, el 20 de noviembre lo liberan.

El 1.º de febrero del año 1973, el senador colorado y batllista don Amílcar Vasconcellos se dirige a la población a través de un mensaje por radio Carve, como muy bien se ha reseñado aquí. Ahí señala el avance militarista y lo que estaba por venir.

El 7 de febrero el Ejército y la Fuerza Aérea finalmente le contestan a Vasconcellos, luego de que lo hiciera el presidente de la república. El comunicado no fue firmado por el vicealmirante Juan Zorrilla, comandante de la Armada Nacional. Hace un rato tuvimos la grata posibilidad de homenajear a esta enorme figura de la república, que no solamente estuvo en contra de la posibilidad de que las Fuerzas Armadas le contestaran al senador Vasconcellos, sino también en contra de los comunicados n.º 4 y n.º 7.

Cuando el presidente de la república designa al general retirado Antonio Francese como ministro de Defensa Nacional, los mandos del Ejército y de la Fuerza Aérea desobedecen la orden, se desacatan, se acuartelan, ocupan canales de televisión, como el Canal 5, y emiten el Comunicado n.º 4, que establecía el programa del militarismo.

Ante esa situación, el contralmirante Juan Zorrilla, héroe de la república, se abroquela en la Ciudad Vieja, estableciendo un cerco de vehículos requisados desde la rambla Gran Bretaña, a la altura de Juan Carlos Gómez, hasta la rambla portuaria. Allí establece una zona de resguardo a favor de la institucionalidad y de la democracia. Lamentablemente, tuvo que levantar ese cerco veinticuatro horas después para no derramar la sangre de ningún uruguayo.

En aquel momento eran muy claras las expresiones tanto del Partido Comunista como de la CNT, pero no voy a repetir lo que ya se ha dicho acá.

Dirigentes políticos de aquel momento también visitaron al vicepresidente de la república, Jorge Sapelli, a quien le hicieron algunas propuestas. Fue categórica la respuesta de Sapelli, quien expresó que sería leal a las instituciones y que no daría un paso ni participaría en nada que supusiera negociar el alejamiento del presidente constitucional.

El 26 de junio de 1973, el vicepresidente Jorge Sapelli hizo muchos intentos desesperados para evitar que se desplomaran las instituciones.

En un episodio que es poco conocido, el exvicepresidente Jorge Sapelli termina renunciando a su cargo de vicepresidente, de manera simbólica, ante el Comité Ejecutivo Nacional del Partido Colorado. ¡Vaya reconocimiento que le tenemos que tributar a este gran hombre de

la república, que también defendió las instituciones en un momento tan álgido de nuestra historia reciente! Lo hizo con tanto valor que terminó entregando simbólicamente su cargo, el mandato que le dio la ciudadanía, ante el Comité Ejecutivo Nacional del Partido Colorado.

El año 1980 trajo esa propuesta de reforma constitucional.

Quiero hablar del año 1980 porque también es fundamental para entender los acontecimientos.

En ese sentido, también tengo que resaltar a políticos y no políticos. No puedo dejar pasar la oportunidad de hablar de los doctores Enrique Tarigo y Eduardo Pons Etcheverry, quienes con enorme coraje fueron a un debate televisivo –resonado en aquellos tiempos– en Canal 4. Nada hubiera sido posible sin el concurso de ellos y de muchos políticos que estaban proscriptos, entre ellos el doctor Julio María Sanguinetti, quien hizo enormes esfuerzos desde la dirección del diario *El Día*, justamente apoyando el No. También lo hizo Renán Rodríguez en la dirección del diario *El Día*. Asimismo, tengo que reconocer y recordar a esa gran mujer que fue María Antonia Batlle Cherviere, en la dirección del diario *El Día*.

A cincuenta años de estos acontecimientos es muy importante la enseñanza de estos eventos para que no vuelvan jamás a ocurrir, para que más allá de nuestras diferencias siempre seamos capaces de construir en democracia y en libertad. Las nuevas generaciones tienen que conocer los ejemplos de estos prohombres, el arrojo por sus ideales, la firmeza de sus convicciones y el coraje en los momentos más complicados, siempre respetando al otro, teniendo como norte el bienestar de nuestro pueblo, siempre en libertad y en democracia. A todos ellos, vaya nuestro homenaje y el homenaje permanente de la república.

A cincuenta años de aquella noche oscura, ¡viva nuestra democracia! ¡Por siempre vamos a luchar por ella! Por siempre y para siempre, ¡viva la democracia!

Muchas gracias.

(Aplausos en la sala y en la barra).

SEÑORA PRESIDENTA.- Tiene la palabra el señor legislador Oscar Andrade.

SEÑOR ANDRADE.- Señora presidenta: el 9 de febrero no se puede entender sin un antes y no se puede entender sin un después. Algunos colocan el deterioro de las instituciones a partir de los hechos del Club de Tiro Suizo.

Podríamos decir que el año anterior asesinaban a Arbelio Ramírez en el Paraninfo de la Universidad; que el año anterior, 1961, moría uno de los cinco mártires de la industria frigorífica; que en 1962 bandas fascistas, las mismas que tatuaron con la esvástica a Soledad Barrett, prendían fuego un local partidario en el que moría un bebé

de cinco meses -fue a unas cuadras de acá; reitero, en el año 1962-, llamado Olivio Raúl Píriz.

También podríamos decir que esta Casa, inexplicablemente –fui a buscar los documentos—, rechazó una comisión investigadora sobre torturas en el Uruguay, y la rechazó a pesar de tener argumentos contundentes. Era Aguerrondo el jefe de Policía. Después nos enteramos por los relatos de Howard Hunt, agente y espía de la CIA, de las formas de colaboración.

El deterioro institucional no nació en un día. ¡No nació en un día! Uno podría ubicar las medidas prontas de seguridad como un componente sistemático del pachequismo en Uruguay, no contra la guerrilla. Las medidas prontas de seguridad fueron instaladas para criminalizar la protesta social en 1968. ¡Fueron aplicadas contra los bancarios, contra los trabajadores de Ancap, contra los trabajadores de UTE, contra los trabajadores de Amdet! ¡Se militarizó! ¡Hubo decisión política! Ese año se reprimió el 1.º de Mayo; hubo una muerte, antes de los mártires estudiantiles, en el año 1968, y un proceso interno en las Fuerzas Armadas que se inundó de sectores antidemocráticos. ¡También tuvo que ver el Parlamento! ¡Hubo depuración de sectores constitucionalistas a la interna de las Fuerzas Armadas!

En el año 1969 –viene a cuento para recordar a Vasconcellos– después de un tortuoso camino, el 10 de diciembre sí se logró aprobar lo que no se había logrado en 1962: una comisión investigadora para tratar el tema de las torturas en democracia y las violaciones contra la dignidad. Fue fundamental el papel de Vasconcellos acá.

En diciembre de 1969, Vasconcellos dice: «El Senado quiere saber si es cierto o no que en este país han existido torturas y agravios a los derechos de la persona humana, tal como se ha denunciado. Hay quienes creemos que sí, que son ciertos estos hechos, por eso los hemos denunciado; y hay quienes creen que no, que aquí no ha ocurrido nada». ¡Los mismos que sabotearon durante todo 1969, no dando *quorum* a la comisión investigadora! ¡Claro que hubo responsabilidades políticas! ¡Podemos buscar los partidos que estuvieron atrás de cada una de esas decisiones! ¡¿Cómo no?!

Decía Wilson Ferreira el día de la votación de esa comisión investigadora: «La única manera de investigar es nombrar una Comisión Investigadora. Todo lo demás son argucias».

Fue un debate interesantísimo el que se instaló en el Senado. Continuaba diciendo: «Si queremos poner las cosas en limpio, si queremos saber si hay o no uruguayos sometidos a regímenes vejatorios, indignos de nuestra civilización, si lo que deseamos es averiguar, realmente, lo que está pasando –vamos a no engañarnos; sabemos que, realmente, están ocurriendo—, por encima, incluso, de lo que significan los acontecimientos políticos del país [...] es necesario que tengamos conocimiento [...]».

Quienes se oponían a la comisión investigadora sostenían que tenía que ser de la Asamblea General, porque era la que tenía el control de las medidas prontas de seguridad. ¡Pero a la vez, eran los mismos que no daban *quorum* para discutir la violación de derechos humanos en el marco de las medidas prontas de seguridad!

Hubo un debate interesantísimo entre Alba Roballo y Echegoyen. La respuesta de Echegoyen es contundente; le termina contestando a Alba Roballo: «¿Usted está segura, señora, y preguntaría lo mismo al senador Vasconcellos, de que la Asamblea General, en este momento, sería obedecida si el Poder Ejecutivo recibiera una comunicación de la misma levantando las medidas?». Y ella confirma que no. ¡Esas eran las condiciones de deterioro institucional!

¡Hubo comisión investigadora! Me tomó trabajo encontrar las más de cien páginas del informe parlamentario que se trató el 6 de octubre del año 1970. ¡Estremece! Violaciones de mujeres embarazadas, quemaduras con puchos. Hablo del año 1970. ¡Deterioro institucional! ¿Queremos hablar de deterioro institucional? Es necesario no reconocer esta parte de la historia para hablar de deterioro institucional. Por unanimidad, cuatro integrantes del Partido Colorado y tres del Partido Nacional terminan consolidando el informe. Leamos lo que dice Vasconcellos en ese informe acerca de las torturas y violaciones a los derechos humanos. Después, no fue unánime en el Senado: faltaron dos votos. Siguieron las medidas prontas de seguridad.

En ese contexto fueron las elecciones. ¡No en otro! En ese: con asesinatos como el del niño de Castillos, el intento de asesinato al general Líber Seregni y el asesinato de un frenteamplista en el Cerro. En ese contexto fueron las elecciones del año 1971 y no en otro: con atentados, con bombas en locales frenteamplistas. ¡No fueron en otro contexto!

La situación empeoró. ¿Se puede hablar de golpe de Estado sin hablar de la votación del estado de guerra interno? ¿Sin hablar de lo que se resolvió, acá, el 15 de abril del año 1972? ¿Sin hablar del decreto de setiembre de 1971, que genera la participación de las Fuerzas Conjuntas?

Siete veces esta Asamblea General vota por la suspensión de las libertades individuales. ¡Siete veces! Tengo acá las versiones taquigráficas. ¡Siete! Algunas fueron después de la barbaridad de octubre. La primera vez solo el Frente Amplio votó en contra; después, en todas las demás nos acompañó el wilsonismo. La última tuvo tres días de discusión: 29, 30 y 31 de marzo. ¡Esto es marzo de 1973!

El de marzo de 1973 es un debate que yo recomiendo seguir. No sé por qué no se ha colocado como parte de la discusión política. Un mes y pico después de los comunicados n.º 4 y n.º 7, el Parlamento, esta Casa, tenía que votar si clausuraba o no las libertades individuales. La votación salió sesenta y cinco a sesenta y tres. ¿Quiénes votaron a favor de clausurar las libertades individuales, después de los comunicados n.º 4 y n.º 7 y con la gue-

rrilla derrotada desde octubre del año anterior? ¿De qué partidos eran? ¿Merecemos o no una discusión profunda? O capaz que nos agotamos con el editorial de *El Popular*. Nunca había escuchado citar tantas veces a *El Popular* como en esta instancia.

Insisto: ¡siete veces se votó! Una fue en noviembre, después de que las Fuerzas Armadas en octubre desoyeran al Poder Ejecutivo, se declararan en rebeldía cuando la liberación de los dieciocho presos, entre ellos, los cuatro médicos. Esto fue en octubre del año 1972.

¿Es verdad o no que tenemos que discutir?

A los dos días del estado de guerra interno es que asesinan a ocho trabajadores, acá, en el Paso Molino. ¡Los fusilan! Hace poco se nos fue Machadito con una bala en la cabeza, un sobreviviente de esa noche que ni la justicia militar pudo juzgar. Se cayó a pedazos el relato de que ahí hubo un enfrentamiento. El 25 de mayo matan en torturas a Batalla. ¡Son los que dieron la vida por la democracia! ¡Recordémoslos a todos! ¿Cómo no? Tenemos algunas listas que nos hinchan el pecho de orgullo por conductas ante el golpe de Estado ¡Tenemos que examinar todo!

Es cierto que cuando se dio el golpe de Estado hubo ministros que renunciaron al ministerio, y es cierto que otros no lo hicieron. Es cierto que hubo quienes pasaron a la resistencia, pero otros integraron el Consejo de Estado, otros integraron embajadas y otros colaboraron con el régimen. ¡Todo tenemos que discutir y después ponderar qué es más grave en términos del proceso de deterioro institucional! Algunos fueron juzgados. No recuerdo si alguno fue expulsado de los partidos políticos y de las colectividades políticas que integraban. Es más, creo que no.

¿Por qué no pudo interpelar Vasconcellos? ¡Porque no hubo quorum! ¿Quién no hizo el quorum para que Vasconcellos interpelara, hiciera las preguntas de febrero? ¿Cuáles fueron los partidos que negaron la posibilidad del quorum? ¿Es más o menos importante que el editorial confuso y con errores de El Popular? Parece que la autocrítica es unidireccional; en una sola dirección.

La Cámara de Comercio y la Cámara de Industrias, al año y a los dos años del golpe de Estado, promocionaban en los medios de comunicación saludos a la dictadura —ellos no la llamaban dictadura— que había logrado la paz nacional. Pero el problema era la CNT, que era la que ponía los presos en la resistencia contra la dictadura. A veces parece que nos orienta un prejuicio.

Es bienvenido este debate –todo el debate, de punta a punta– acerca de todas las cosas que pueden haber influido de las reacciones que no supimos tener a tiempo. Y es claro que en este debate el de Vasconcellos es un papel para reivindicar. Hay memorias que engrandecen. También hay olvidos que queman.

Del año 1968, con medidas prontas de seguridad, del golpe de Estado, la huelga general y la resistencia a la dictadura -que fue para cortar por la yugular el proceso de acumulación política del pueblo uruguayo- yo tengo la obligación de la memoria. Y yo me siento convocado cuando acá se sostiene qué importante que es poner sobre la mesa a quienes dieron la vida. A nosotros, con aciertos y errores, aunque yo no era nacido en 1973, se nos hincha el pecho de orgullo cuando hablamos de los que dieron la vida, porque en esa lista está Líber Arce. En esa lista está Hugo de los Santos; en esa lista está Susana Pintos, saliendo a defender a Hugo de los Santos. En esa lista está Luis Alberto Mendiola. En esa lista está el Pulpa Gancio, que lo tuvieron cinco horas desangrándose, en Agraciada, ahí, al costado del Paso Molino. En esa lista está Justo Sena. En esa lista está el Torito Cervelli: en esa lista están José Abreu, Elman Fernández. En esa lista está Claudio López. En esa lista está Ricardo González; está Ramón Peré; está Hermes Silva Fernández; está José Arpino Vega, obrero de la construcción aún desaparecido. En esa lista está Nibia Sabalsagaray, y la sonrisa de Nibia que nos sigue convocando. En esa lista está Guillermo Carlos Mar. En esa lista está Raúl Feldman; está José Luis Barboza, a quien aún lo estamos buscando. En esa lista está Carlos Curuchaga; está Alvarito Balbi, y no puedo dejar de emocionarme al recordar a Lile Carusso. Y está Emilio Morales; está Nuble Yic, obrero de la industria frigorífica. Está Eduardo Bleier, cuyos restos encontramos hace poco. Está Juan Manuel Brieba. Está Fernando Miranda. Está Juan Mincho. Está Carlos Arévalo Arispe. Está Carlos María Argenta. Está Julio Correa. Están Otermín Montes de Oca, Emilio Fernández, Roberto Castro. Está Horacio Gelós Bonilla, salvajemente torturado en el cuartel de la Laguna. Está Julián Basilicio López; está Ivo Fernández. En esa lista larga está Oscar Bonifacio; está Líver Trinidad. En esa lista está Manuel Liberoff, de imborrable recuerdo. Está Ubagesner Chaves Sosa, que la mañana que lo detuvieron llevaba un juguete para su hija. Están Silvana Saldaña, Nicanor Aldabalde, Francisco Candia, Walter Ibarburu, Hilda Sara Delacroix. En esa lista están Carlos Bonavita, Julio Escudero -bancario-, Dante Porta, Saúl Facio Soto. En esa lista están Juan Carlos Insausti, María Angélica Ibarbia, Humberto Pascaretta, Luis Arigón, Óscar Tassino, Óscar Baliñas, Wilhelm Wurm, Hugo Pereyra - obrero de la construcción detenido en el Parque Posadas-, Amelia Sanjurjo; Myriam Vienés; Norma Cedrés Vega; Rubén Darío Rodríguez; Jorge Pedreira, Luis Pitterle; Carlos Etchebarne; Miguel Almeida; Gladys Yáñez, Edmundo Rovira; Rodolfo Dematte. En esa lista está el imborrable recuerdo de Gerardo Cuesta. Está Omar Paitta. Están Félix Ortiz, Urano Miranda, Miguel Mato, Roberto Rivero y Vladimir Roslik.

Quiero traer una frase de la Bruja Pacella en esta investigación que tiene más de mil páginas acerca del papel de la resistencia del Partido Comunista en la dictadura. La Bruja había estado preso. Habían caído varias direcciones del Partido —en ese momento cinco, y terminaron cayendo siete direcciones del Partido en la clandestinidad—, y le piden que regrese para organizar la lucha clandestina

de cara al plebiscito de 1980. Después, la Bruja volvió a caer preso. Hablando de la lucha clandestina, la Bruja decía: «Lo más meritorio del Partido es haber tenido una orientación política muy clara y ser una orquesta. Cuando digo una orquesta, me refiero a que suponete vos tenés una orquesta que viene tocando una melodía, que esa melodía para nosotros era la unidad antidictatorial, la lucha sin tregua frente a la dictadura, la convergencia y la acción común que en cada momento tuvo su expresión.

Caía el que llevaba la batuta. La batuta quedaba tirada en el piso, pero alguien que estaba tocando el trombón iba y agarraba la batuta, y alguien que estaba sentado en el teatro corría, presuroso, al puesto del trombón, y alguien que estaba escuchando la misma melodía por radio ocupaba el lugar vacío en el teatro».

Eso fue el Partido en la clandestinidad.

La historia hay que contarla toda.

¡Honor y gloria a los compañeros!

Gracias, presidenta.

(Aplausos en la sala y en la barra).

SEÑORA PRESIDENTA.- Tiene la palabra el señor legislador Federico Casaretto.

SEÑOR CASARETTO.- Señora presidenta: en primer lugar, agradezco la presencia del expresidente Julio María Sanguinetti, del presidente del Directorio del Partido Nacional, doctor Pablo Iturralde, y de las demás autoridades presentes.

Recién le comentaba al doctor Sanguinetti que me imaginaba las ganas que él sentiría de tener un micrófono hoy, aquí, y opinar.

Yo creo que el camino que recorrimos en los últimos minutos es, justamente, el camino que no tenemos que recorrer. Me parece que el sentido, después de cincuenta años que han pasado en nuestro país, no es venir aquí a hacer un campeonato para ver quién tiene más caídos en las luchas por la defensa de la democracia o por sus ideales. El objetivo tiene que ser muy distinto.

Felicito a los senadores del Partido Colorado por haber traído este tema para abordar, como Asamblea General—no cada Cámara por separado—, los sucesos que un día como hoy nublaron la vida política del país.

Los temas hay que verlos en perspectiva. Por supuesto, si hoy cada uno mira la historia y ve todo lo que pasó, se siente tentado de decir: «Habría que haber hecho esto, aquello o lo otro», «¡Qué mal que estuvimos en esto!» o «¡Qué bien que estuvimos en aquello!». Pero, como aquí

se ha dicho, esto fue una pléyade de sucesos que se fueron presentando no en los años 1972 o 1973, sino mucho antes.

Aquí se ha hablado de la época de la Segunda Guerra Mundial, pero yo voy más atrás. La dictatura de Terra marcó en la interna militar algunas tendencias que después se fueron consolidando con el tiempo y tuvieron mucho que ver a la hora del quiebre institucional.

Por toda esa lista que aquí se mencionó es que no se entienden determinados posicionamientos; lista que respetamos, lista que conocemos, lista con la cual sufrimos, porque cada uruguayo que quedó por el camino defendiendo sus ideales nos tiene que doler a todos.

Yo felicito al legislador Lozano que pudo obtener, en nuestra biblioteca, un editorial del semanario *El Popular*. Pero ¿sabe qué? El que usted leyó es el único ejemplar que hay en la biblioteca del Palacio porque, por arte de magia, desaparecieron todos los ejemplares de esos meses. No fue una acción apresurada de determinado grupo político que después pudo haber hecho una autocrítica y decir: «Qué mal que estuve». Fue una seguidilla de editoriales que mostraban un posicionamiento inequívoco de identificarse con una ideología, que no era entre militares o demócratas —en ese momento—, sino, como aquí se dijo, entre oligarquía o pueblo.

Creo que estas cosas tienen que servir como lecciones para los que vienen. Todos nosotros tenemos posicionamientos. Nadie nos va a cambiar lo que pensamos ni la visión que tenemos. Pero, por si acaso alguien lee las versiones taquigráficas de esas sesiones, las escucha o transmite lo que aquí se habló, creo que sería positivo que las nuevas generaciones supieran lo que pasó acá.

Hoy, cuando vine de mi departamento, mi hijo, de diecinueve años, me quiso acompañar. Me dijo: «Quiero estar, durante esa sesión, en las barras y escuchar». A la juventud de hoy uno no le baja la línea, como podía suceder antes, para tratar de lavarle el cerebro y hacerle creer determinadas cosas. Ellos entran a las redes sociales; pueden entrar a cualquier fundamentalismo político o ideológico. Los jóvenes piensan por sí solos.

Yo les aconsejo que vean una serie realizada hace veinte años, por Alfonso Lessa, titulada *El Golpe: 30 años después*. En ella hablaban el doctor Sanguinetti, Carlos Julio Pereyra, Walter Santoro y también el general Líber Seregni. ¡Mucho habló el general Líber Seregni con respecto a estos episodios! El capítulo 5, llamado *Febrero amargo*, aborda exactamente lo que hoy nosotros estamos evocando.

¿Cuándo fue el golpe de Estado? Para algunos, el 27 de junio, cuando se cierra este Parlamento, pero, para otros, desde el momento en el cual se desconoce la decisión de un presidente. Para nosotros, ese primer desborde significa un antes y un después.

Yo no haré un relato como lo ha hecho en forma ejemplar el diputado Pasquet, quien, además, fue testigo de algunos episodios. Si bien yo ya había nacido —tenía cinco años— mi edad no me permitió más que, a la salida de la dictadura, obtener el fundamento —como ya lo he dicho en otras oportunidades— de por qué decidí hacer política. El fundamento fue, justamente, esa salida. En aquello tiempos, en los comités políticos nos encontrábamos integrantes de todos los partidos. Cuando se pudo hacer actividad política, yo iba a comités de otros partidos, de la izquierda, y los militantes de la izquierda venían a los nuestros.

En el programa de Lessa que mencioné -Alfonso Lessa no es un historiador blanco ni colorado, y tampoco creo que esté identificado como historiador con una ideología política; ha sido muy realista y crítico de la acción de todas las colectividades políticas en todos estos episodios- se entrevista a todos estos actores que van mostrando las distintas visiones. Allí estaba la visión del general Seregni, que tuvo que estar en una balanza; su posición no era cómoda. Él trataba de contemplar, en un partido fundado pocos años antes, los distintos intereses que allí se manifestaban. Una de las cosas que dijo Seregni -hay que mirarlo; creo que lo mejor que puede pasar, después de cincuenta años, es lo que decía el senador Gandini, es decir, hacer los mea culpa y autocríticas, y nosotros los hacemos- fue que la guerrilla había sido un hecho fundamental para desencadenar determinadas acciones posteriores. ¡No la única, pero lo fue! Y no solo lo dijo en esa oportunidad, sino que también lo expresó cuando renunció a la conducción del Frente Amplio. Acá no solo es entre la libertad y el despotismo, también es entre la democracia y los autoritarismos.

Esa pléyade, que venía de mucho tiempo antes, tiene distintos hechos. Hay un hecho que no podemos obviar. Un sector autodenominado «iluminados», después de haber escuchado aquí, en Montevideo, a Ernesto *Che* Guevara decirles que en muchas partes de América estaba justificada la lucha armada, menos en el Uruguay, donde había un diálogo político que había que preservar y que era ejemplo para el resto de América Latina, igual recorrieron ese camino. Yo diría que esa grieta se definía entre los que creían en el sistema y los que no lo hacían, y había de los dos lados. Del lado de la izquierda había quienes no creían en el sistema y, por eso, se sublevaron frente a gobiernos democráticos. También hubo sectores que, envalentonados por haber vencido a esa otra ala ideológica en el país, siguieron de largo.

(Ocupa la presidencia el señor legislador Jorge Gandini).

—Dentro de todo eso está ese período que el diputado Pasquet limitó en el mes de febrero, que creo que es paradigmático. En ese programa habla el vicealmirante Zorrilla y transmite cuando bloquea la Ciudad Vieja, cuando llama al presidente de la república y lo invita a ir a ese lugar en el que iba a ser defendido, y el presidente de la república le dice que no, que prefiere negociar. Y cuando Zorrilla tiene defecciones en su fuerza y renuncia, el presidente de la república

le dice: «No me dejes solo». Entonces, claro que hay *mea culpa*. Los partidos fundacionales hacemos *mea culpa*. Por supuesto, hubo omisiones.

Muchos saben lo que me unió al profesor Carlos Julio Pereyra. Hoy, 9 de febrero, se cumplen tres años de su fallecimiento. Durante quince años tuve la oportunidad de compartir muchas experiencias, y este era un tema que estaba permanentemente arriba de la mesa. Me refiero a mi curiosidad respecto de lo que fueron esos momentos en los que no como nosotros que nos jugamos la opinión y salimos a la calle y alguien nos aplaude o nos critica, sino como ellos y sus familiares, que se jugaban la vida y muchos la perdieron.

Lo que sucedió ahí fue seguramente omisión. Primero, hubo omisión en la época de la guerrilla, cuando Uruguay no estaba preparado, y a nadie se le pasaba por la cabeza que aquí podía haber un movimiento armado, por lo que agarró a todo el mundo desprevenido. Y después, cuando los militares empezaron esa escalada en un verano, en febrero, cuando la gente estaba con un montón de cosas en la cabeza diferentes a la actividad política, en un país –además– con una actividad política desgastada. Por supuesto que hubo omisiones. Sin embargo, el hecho de que no se haya convocado a la Asamblea General para algunos puede haber sido omisión y para otros, convicción, porque si el día en que esos comunicados se hicieron públicos, salieron raudamente a apoyarlos, no cabe duda de cuál hubiese sido su posicionamiento en esa Asamblea General.

También en esos momentos estaban los operativos Alfa y Omega, pergeñados por el posteriormente general Queirolo, que llevaban los pasos al cierre del Parlamento nacional y a la disolución de las Cámaras en febrero mismo, pero como no se reunió, se postergó ese plan.

Entonces, creo que hay multicausalidades de la situación que se vivió, pero me parece que la mejor enseñanza y para lo que sirve este tipo de ejercicio —que hacemos los que estamos convencidos y tenemos posicionamientos— es para derramar en las nuevas generaciones el conocimiento del valor de la democracia, que muchas veces solo se valora cuando se pierde.

Por suerte, como aquí se ha dicho hoy, todos los partidos políticos y todas las instituciones, empezando por la militar, han demostrado, demuestran y demostramos una convicción democrática intachable, pero eso no quiere decir que cada tanto tengamos que venir aquí a recordar esos episodios que sucedieron en esta misma sala. En estas paredes retumbaban las voces de prestigiosos actores políticos de todos los partidos, desde Michelini hasta Alba Roballo, Vasconcellos, Wilson Ferreira Aldunate, Carlos Julio Pereyra, Hierro Gambardella y tantos otros.

Creo que en esta seguidilla que va a haber de homenajes, de sesiones en las que nos vamos a convocar para ir recordando esos episodios —como dijo la presidenta de la Asamblea General—, no podía faltar la reivindicación de estos tres actores políticos: el senador Vasconcellos, que con una voz firme y clara, hizo la denuncia en lo que después fue ese libro –y sería muy bueno que no solo las nuevas generaciones, sino muchos de los que están acá lo leyeran porque estoy seguro de que muchos no lo han leído–; el vicepresidente Jorge Sapelli, que en la noche del quiebre institucional del 27 de junio no estuvo en la sesión porque estaba tratando de convencer al presidente de la república de que no disolviera las Cámaras, y el vicealmirante Zorrilla, que tuvo el coraje de defender a un presidente que no aceptó su defensa, que se la jugó y sufrió un atentado posterior para amedrentar a su familia. La Armada Nacional debería tener un día en el año en el que recordara a esa figura y su arma como unos de los ejemplos de defensa institucional y democrática más nobles que el país recuerde.

Señor presidente, agradezco nuevamente esta instancia y bienvenidas sean todas las que signifiquen la afirmación y la consolidación democrática para que eso no vuelva a suceder nunca más.

Muchas gracias.

(Aplausos en la sala y en la barra).

SEÑOR PRESIDENTE (JORGE GANDINI).- Tiene la palabra el señor legislador Guido Manini Ríos.

SEÑOR MANINI RÍOS.- Señor presidente: sin duda en el día de hoy estamos recordando una fecha histórica, una fecha precisa, un 9 de febrero de hace exactamente cincuenta años.

Lo que ocurrió ese día fue el corolario o el desenlace de un largo proceso, como fue detallado minuciosamente por distintos oradores en el día de hoy. Un proceso que debe dejarnos enseñanzas. De nada sirve recordar hoy esa fecha si no terminamos aprendiendo nada de lo que pasó en la historia del país. Todos los hechos históricos de todas las épocas se deben estudiar tratando de extraer las enseñanzas necesarias para no tropezar nuevamente con la misma piedra con la que tropezaron las generaciones anteriores.

No cabe dudas, al menos para mí, de que el golpe de Estado fue el 9 de febrero; fue en febrero del año 1973, cuando se desconoce la voluntad y la disposición del presidente electo democráticamente. Ese día fue el golpe de Estado. Podemos hablar de un golpe en dos actos, y que el segundo acto fue más notorio por la disolución del Parlamento, pero indudablemente toda la política nacional había quedado condicionada desde el mes de febrero.

Si hay algo que todos debemos destacar y resaltar de ese día, y tratar de extraer enseñanzas, es la tremenda soledad con la que el sistema político, salvo algunas excepciones, dejó al presidente constitucional democráticamente elegido. Convocó al pueblo a la Plaza Independencia y dicen las crónicas de la época que no llegaron a cien personas las presentes en el lugar para defender la institucionalidad. Claramente, el sistema político en general le había dado la espalda. Hay excepciones; salieron al balcón del Palacio Estévez junto al presidente media docena de políticos y nada más. No hubo ningún otro tipo de apoyo ni de convocatoria. El sistema político fracasó estrepitosamente en defender las instituciones ese día de febrero del año 1973. En esas mismas horas, en el Estadio Centenario, un partido de la Copa Libertadores convocaba a más de cuarenta mil espectadores, pero a la Plaza Independencia no fueron ni cien personas. Tenemos que tener bien presente esa situación. Acá se ha hablado de héroes y de hechos históricos realmente de heroísmo, valga la redundancia, pero claramente hay también que mencionar esa gran falencia de todo el sistema político que dejó solo al presidente de la época.

Los hechos de febrero comenzaron pocos días antes. Se mencionó aquí la actuación de uno de esos políticos que marcó la excepción en aquellas horas: el entonces senador Amílcar Vasconcellos, que dio su alocución en radio Carve, en el programa Tomándole el pulso a la república. Dice, años después, César Di Candia en su libro El camino de la violencia uruguaya que las reacciones de la prensa escrita al día siguiente pintan de una manera bastante exacta el panorama social y político que se vivía. El Día, diario correligionario del senador, ignoró por completo el discurso. El País lo comentó brevemente. Ahora, vocero no oficial del Frente Amplio, transcribió sus palabras con un encabezamiento en el que expresaba su solidaridad con los militares golpistas. Decía: «El senador Vasconcellos publicó ayer una violenta diatriba contra las Fuerzas Armadas». No voy a leer, por ser reiterativo, lo que dijo el diario El popular. Claramente, el ambiente en esa época, en esos días, fue muy distinto, muy lejano, muy distante del heroísmo que debió haber primado a la hora de defender las instituciones, siempre salvando las excepciones que han sido mencionadas.

¿Qué aprendimos de todos esos hechos? ¿Realmente se superó de manera definitiva en la historia el proceso de fractura política, de enfrentamiento, de ofensa hacia el otro, hacia el que no está de acuerdo con lo que decimos? Por lo tanto, ¿vale la ofensa, sobre todo, hoy en día, potenciada por el uso de redes sociales? ¿Todo eso no es, en cierta forma, repetir aquellos años, previos a la fecha que hoy conmemoramos, de enfrentamiento desmedido?

Hemos convocado, una y otra vez, al diálogo nacional, a buscar resolver en clave de país los grandes problemas que hoy vive nuestra gente. A nuestra gente no le interesa qué partido es el que propone y lleva adelante la solución a su problema; lo que le interesa a la gente es que las soluciones se encuentren. Y el sistema político tiene que estar a la altura de las circunstancias. Es hora de hablar en clave país, de ver en qué cosas coincidimos todos los sectores para encontrar soluciones a problemas que nos están destruyendo como sociedad, como la droga, la delincuencia, la falta de nacimientos, y tantos otros que son comunes a todos y que no tienen color de partido.

Creo que eso es lo que tenemos que rescatar del recuerdo de hechos históricos de esta naturaleza. Es hora de abrir la mano; es hora de dejar de lado el puño crispado. La sociedad uruguaya precisa la mano tendida.

Gracias, señor presidente.

(Aplausos en la sala y en la barra).

SEÑOR PRESIDENTE (JORGE GANDINI).- Tiene la palabra el señor legislador Hugo Cámara.

SEÑOR CÁMARA.- Señor presidente: es un honor hacer uso de la palabra en una sesión tan especial, al conmemorarse cincuenta años del último golpe de Estado que lamentablemente sufrió este país, porque el verdadero golpe se dio en febrero. Es cierto lo que señalaba la senadora Kechichian. Hechos no gratos se venían sucediendo desde 1963, como muy bien los relató el expresidente Sanguinetti—quien hoy estuvo aquí presente—, en *La agonía de la democracia*, en el entendido de que quizás, sin la guerrilla, no hubiera existido dictadura, porque esa fue la excusa perfecta que utilizaron algunas personas.

Pertenezco a una generación que nació en democracia. Hoy, en este Parlamento, también se ha planteado la pregunta de si es importante la historia; lo hizo el legislador Viera más temprano. Yo creo que sí, que es importante conocer la historia; es importante para no repetir errores en el futuro.

Me voy a permitir recordar algunas figuras de mi partido, sobre todo del batllismo, que fueron muy valientes y que defendieron las instituciones en horas tan oscuras, porque nos dejaron ese legado, esas enseñanzas.

En primer lugar, quiero recordar a Jorge Batlle, primer detenido político y uno de los primeros políticos en denunciar la proximidad de un golpe de Estado. Jorge Batlle, antes de ser detenido, declaró a la prensa que su actitud, la de denunciar el inminente golpe, se basó en la defensa de la ley, en la defensa del honor personal, en la defensa de la libertad y de los partidos políticos, cosa muy importante hoy en día.

También me gustaría recordar al gran Amílcar Vasconcellos, legislador que se ha mencionado en reiteradas oportunidades, que merece esa distinción y autor de una de las crónicas que Casaretto ha ya destacado, como *Febrero amargo*, que es tan importante que leamos.

El 1.º de febrero de 1973, Vasconcellos declara en radio Carve: «Quien levante su mano para traicionarlas [...], aunque pueda recoger el momentáneo aplauso de los serviles de turno y de los incautos que rinden tributo al vencedor de la hora, llevarán consigo una mancha indeleble que recaerá no sólo sobre su persona, sino que se volcará sobre sus descendientes».

¡Cuánta razón tenía Vasconcellos!

Además, quiero destacar la figura del vicepresidente Jorge Sapelli quien, una vez concretado el golpe de Estado y sin nada más que hacer, renunció a la vicepresidencia para mantenerse fiel a las instituciones democráticas.

También quiero destacar el accionar heroico del vicealmirante Zorrilla, figura que destacamos a través de un merecido homenaje llevado adelante por el legislador Rodríguez. El vicealmirante Zorrilla fue un ejemplo de valentía y de lealtad republicana; lo demostró en cada uno de sus actos en aquel febrero amargo; lo demostró cuando abandonó aquella reunión del presidente con los militares ante la denuncia pública del doctor Vasconcellos, que ya hemos mencionado; lo demostró no firmando la respuesta pública que después redactaron los militares; lo demostró en su acto heroico de cerrar la Ciudad Vieja y la base naval del Cerro para que allí el presidente pudiera atrincherarse y negociar para mantener en pie a las instituciones, y lo demostró también cuando ya nada más tuvo que hacer y presentó su renuncia al cargo que ostentaba.

Como batllistas estamos orgullosos de esos hombres que mantuvieron la tradición histórica del batllismo, que ha sido siempre la de la defensa de las instituciones democráticas. Para cerrar, me quiero dar el gusto de citar las palabras del gran Amílcar Vasconcellos en aquella fatídica noche del 27 de junio de 1973, palabras que siempre me han llegado muy fuerte a la fibra íntima. Decía: «Invoco un grito que es de paz, pero que también es de guerra: el grito inmortal de ¡viva Battle!», al que yo le sumaría el grito de ¡viva la Constitución y viva la democracia!

Muchas gracias, señor presidente.

(Aplausos en la sala y en la barra).

SEÑOR PRESIDENTE (JORGE GANDINI).- Tiene la palabra la legisladora Sandra Lazo.

SEÑORA LAZO.- Señor presidente: este tipo de sesiones, en el marco de los cincuenta años del golpe de Estado en nuestro país, se vuelven un obligatorio ejercicio de memoria. Para hacerlo, como en toda ocasión, es necesario apelar a la historia, buscar el contexto que, indudablemente, trasciende las fronteras nacionales. No existe una fórmula para llevar adelante el análisis, porque, desde luego, esos hechos nos transversalizaron como sociedad; cada uno, cada una podrá verlos desde el lugar que ocupó en su devenir o desde el lugar en que eligió hacerlo.

Hoy voy a traer, entonces, a esta intervención lo que han expresado algunos autores, con la necesaria perspectiva de que el tiempo impone palabras que no me pertenecen, pero que nos hablan del marco que se venía gestando previo al 9 de febrero, reitero, dentro y fuera de fronteras. En ese sentido, Álvaro Rico señala —yo entiendo que con acierto— que a partir de 1967 se produjo un proceso de brutalización de la política uruguaya, con el desarrollo de prácticas autoritarias de poder en las que permanentemente se invocaba un estado de necesidad para defender la soberanía interna. Y eso es lo que en definitiva hizo que el golpe, más que un quiebre, se transformara en el último acto de un largo proceso de consolidación de un gobierno de crisis o bajo decreto.

Rico define claramente ese proceso, ese recorrido, como un camino democrático hacia la dictadura. Obviar lo que fue un desarrollo paulatino, sistemático, de prácticas autoritarias que fueron desde la represión y las violaciones de las garantías en nombre de la democracia y de la Constitución, sería absurdo, o aun peor, sería faltar a la verdad, tanto como creer que se vivía en un ámbito donde reinaba la paz social.

La historia indica que el inicio de la dictadura militar se da a partir de la trágica noche del 27 de junio en que en este recinto de la democracia el presidente Bordaberry, un presidente que fue elegido constitucionalmente, anunciara la clausura de las cámaras de legisladores. Ahora bien, nos encontramos ante esta convocatoria, un 9 de febrero, a la que no rehuimos, pero en la que entendemos necesario situar los hechos con rigurosidad histórica, con honestidad intelectual y con profundo dolor, dolor de heridas que aún siguen abiertas en la medida en que hay sobrevivientes de aquellos hechos terribles. Negar la indignación colectiva, producto de la errática política económica, antinacional, antipopular, que golpeaba cruelmente los sectores populares, tampoco cooperaría con este análisis. Fue un estado de corrupción que alcanzó niveles estrepitosos, donde unos pocos vivían la fiesta de la decadencia y la mayoría iba a engrosar las filas de los cantegriles. Es una realidad en la que solo basta recordar las noticias pregonadas en los medios, en los pocos medios que subsistían como independientes. Ese era el Uruguay en febrero de 1973: estaba lejos de la democracia, lejos de las mejores tradiciones de este país.

Pensar que la irrupción de las Fuerzas Armadas en el ámbito político parte de un análisis de estas condiciones por fuera de lo que aconteció en la región es, por lo menos, inocente, al menos hoy, con la perspectiva de los años, como decimos vulgarmente, con el diario del lunes sobre la mesa. Sin embargo, es en este contexto que aparecen los comunicados n.º 4 y n.º 7. La comandancia del Ejército y la Fuerza Aérea dan a conocer estos documentos, arrogándose el derecho de interpretar ese sentir colectivo de frustración. Pero hubo un día cero, como en toda historia, como en la producción de cualquier hecho histórico. Y así también debemos establecer un análisis para su explicación.

El día 8 de febrero de 1973, los mandos de las Fuerzas Armadas declaraban desconocer las órdenes del ministro de Defensa Nacional de entonces, el general Francese, al tiempo que sugerían al presidente la conveniencia de su remoción. Estaban, ni más ni menos, que institucionalmente cuestionando la autoridad presidencial y su mando político, pues según la Constitución y la ley, el jefe de las Fuerzas Armadas es el presidente de la república y dentro de sus potestades consta la de designar a sus ministros, incluido el de Defensa Nacional.

Es totalmente ineludible hacer referencia al que fuera uno de los medios que estuvo presente antes, durante y después en la resistencia. Quiero referir al editorial de *Marcha* que magistralmente llevaba adelante Carlos Quijano, titulado —como bien se mencionó en este recinto—*La era de los militares*, fechado el día 16 de febrero del 1973. Decía: «El presidente de la época optó, decidió por la sumisión; estuvo lejos de ejercer su autoridad». Efectivamente, fue el momento en que se va Francese, y asumen otros protagonistas de esta historia.

Es en ese momento que los militares surgieron como actores políticos, arrogándose el derecho de interpretación de las mayorías. Mas hubo un momento, el primero, en que se produce un llamamiento a los militares a intervenir en operaciones contra la guerrilla desde setiembre de 1971, hecho seguido de un segundo tiempo, encarnado en una declaración del estado de guerra interno en abril de 1972, y hubo finalmente una sanción en julio de 1972 de la ley de Seguridad del Estado y el Orden Interno que, entre otras cosas, suprimió artículos del Código Penal ordinario y trasladó esas figuras al fuero militar. Esos tres pasos prepararon el camino para el alzamiento militar de principios de 1973, el consecuente pacto de Boiso Lanza, también llamado «acuerdo nacional» y la subsiguiente creación del Consejo de Seguridad Nacional - COSENA-, ámbito desde el cual, finalmente, las Fuerzas Armadas comenzaron a ejercer poder a través de la toma de decisiones políticas.

Y hubo un acto posterior, o varios, pero quiero mencionar un último acto que cerró este lento y doloroso proceso de golpe de Estado, que es el pedido por parte de los militares de desafuero del senador frenteamplista Enrique Erro, acusado de tener vínculos con la guerrilla, seguido por el rechazo de la Cámara de Senadores de esta solicitud castrense y la disolución de ambas cámaras el 27 de junio de 1973.

Pero volvamos al contexto, a ese mismo contexto que se refleja en la presencia y la carta al pueblo uruguayo, que el 31 de enero dictaba el doctor Amílcar Vasconcellos, que más allá de ese fortísimo apego a las instituciones, también contenía un *leitmotiv*, que era la reinante corrupción del poder y el poder de la fuerza que ostentaban quienes se arrogaban ese derecho de interpretación de lo que sentían las grandes mayorías.

Eran épocas de enfrentamiento, de división y, en algún momento, de enfrentamiento de pobres contra pobres, porque eso en definitiva es lo que sucedía en las calles. Eran tiempos de desigualdades muy marcadas; había un deterioro del salario de los trabajadores, con índices históricos. El propio Wilson Ferreira Aldunate expresaba en aquella audición del día 13 de febrero: «En primer lugar, afirmamos qué hay detrás de los hechos, en los hechos que se están desarrollando, mucho más de lo que pueda decirse hoy, algún día, que no será lejano, algún día muy próximo podremos decir sin causar daño a la república, a precisamente aquello que se quiere defender, cuánto hemos hecho ininterrumpidamente, sin descanso para preservarle al país su estado democrático de gobierno, sus instituciones [...]».

Y decía, además: «El nuevo gobierno comenzó siendo un pachequismo sin Pacheco, con todos los hombres de Pacheco, pero sin este, y así, aunque no parezca, no quedamos mucho mejor que antes, pero el nuevo presidente, sin embargo, tuvo su oportunidad, su gran oportunidad como quizás no la tuvo nadie».

Más adelante Wilson decía: «Pagó precios que no debió pagar».

Refiere luego, en dicha audición, a que el presidente prefirió arreglos políticos menores, y termina aceptando de las Fuerzas Armadas la imposición de determinadas condiciones de carácter programático, las mismas que se había negado siquiera a discutir. Recordemos el llamado de Wilson y del profesor Carlos Julio Pereyra al presidente, a efectos de establecer determinadas pautas programáticas que volvieran a la república del caos de corrupción en la que estaba inmersa. Ni siquiera fueron consideradas.

Y refería también en dicha audición a que cuando hablaba de la desinteligencia de que las Fuerzas Armadas tomaran las riendas, no estaba refiriendo a la competencia, ni siquiera a la especialización de sus integrantes. No; se estaba refiriendo a que la propia institución castrense no proporcionaba, y así lo expresó claramente, por su propia esencia, la flexibilidad necesaria, indispensable, para enfrentar una realidad fluctuante. E iba a más: decía allí mismo que la organización militar carecía de los modos de captación de las inquietudes populares, eso que los partidos políticos y solo los partidos políticos pueden dar.

Lo cierto es que el comunicado n.º 13 anuncia el sellado del llamado Pacto de Boiso Lanza y nuevamente allí se arrogan el derecho de interpretar el sentir de toda una sociedad.

Todos estos sucesos solo pueden analizarse en el contexto regional, que indica la irrupción de los regímenes dictatoriales en el Cono Sur entre los años sesenta y setenta del siglo XX y un vínculo indefectiblemente direccionado desde los nuevos autoritarismos del momento de posguerra fría instalados en toda América Latina.

Durante los sesenta, setenta y ochenta las dictaduras desplegadas en nuestra región estuvieron caracterizadas por el nuevo rol de las Fuerzas Armadas como aparato profesional y actor clave para la implantación y subsistencia de los regímenes.

Y esa es la nueva tarea que se arrogan los militares en política. Por supuesto, esto no habría sido posible de no haber estado en alianza con elencos civiles, políticos profesionales, burócratas, tecnócratas y representantes de la burguesía industrial y financiera.

Es necesario, para hacer este análisis, profundizar en los hechos históricos comunes a la región. Allí tenemos, en el mapa latinoamericano, circunstancias similares que pueden reconocer también una crisis política, social, económica, institucional, por un lado, signada por los privilegios que unos pocos ostentaban, plagada de actos de corrupción donde primaba privilegiar a los amigos y, por otro, un descontento general de las clases más sumergidas, una creciente movilización de estos estratos y un avance indiscutible de la izquierda en la región, ya sea por la vía electoral o por la vía revolucionaria, y una clara percepción de que aquella doctrina que aseguraba el *statu quo* donde reinaba el gran capital corría riesgo.

El politólogo argentino Guillermo O'Donnell analiza las transformaciones estructurales del Estado, y en su análisis expresa claramente lo que se iniciaba en ese momento a partir de la instalación de un Estado por fuera del Estado de derecho. La formulación con la que O'Donnell da en llamar «autoritarismo de nuevo tipo», para los casos de Argentina, Brasil, Chile y Uruguay, se expresa en el célebre esquema del Estado burocrático autoritario: instituciones democráticas y derechos ciudadanos suprimidos; base social de régimen conformada por la alta burguesía oligopolista y transnacional; la configuración de una nueva élite de poder a partir de las asociaciones entre militares -especialistas en coerción- y tecnócratas -civiles; particularmente en el área económica- junto a representantes del capital financiero. Se establece una alianza entre el Estado y el capital extranjero. En fin, tal exclusión se daba en ese momento como el esquema aplicado en el Uruguay y en el resto de los países latinoamericanos que vivieron situaciones similares.

Como dije al comienzo, fueron hechos que dividieron a nuestra sociedad, pero hay hechos objetivos que nos muestran cómo ese plan elaborado, sistematizado, se aplicó en las dictaduras del Cono Sur, que tienen como denominador común el bipolar mundo surgido a partir de la Guerra Fría. Es indudable que las fuerzas armadas de los Estados latinoamericanos se incorporaron al bloque militar liderado por los Estados Unidos, desplegando desde allí la Doctrina de la Seguridad Nacional. Y es evidente -porque hoy existe desclasificación de diversa documentación que lo prueba- que a este país, como al resto de los países latinoamericanos, llegaron siniestros personajes para entrenar en diferentes técnicas de tortura, y con ellos la puesta en marcha de programas de entrenamiento a militares, dictados en institutos de instrucción norteamericana a partir de lo que se llamó la profesionalización del ejército, que incluía la adquisición de nuevos equipamientos y, fundamentalmente, un nuevo orden de pautas de disciplinamiento y de organización en el nombre de un supuesto enemigo ideológico interno que representaba una amenaza para ese *statu quo* imperante, porque algo queda claro y es que la degradación política preexistente en ese momento histórico no había dado solución a las grandes mayorías, ni en lo político, ni en lo social, ni en lo económico. Eran momentos de exilio político, de exilio económico, de cercenamiento de sueldos, de libertad de expresión y de libertades en general.

Contra ese supuesto enemigo se fundaba una guerra total en la cual la autolegitimación de los citados actores, en su nuevo rol político, comenzaba a transitar. Indudablemente, esto trajo consigo una suerte de dimensión fundacional, un intento de imponer un nuevo diseño institucional y con ello un nuevo marco de relacionamiento social basado en el miedo y en la supresión de todos los derechos cívicos que un Estado de derecho sustenta. Esto trajo consigo la profundización de una crisis económica, el aumento de la protesta social y la consiguiente sensación de ingobernabilidad.

En la noche del 9 de febrero, en un acto celebrado en el barrio la Unión, de Montevideo, el presidente del Frente Amplio, el general Líber Seregni, reclamó la renuncia de Bordaberry.

Los comunicados n.º 4 y n.º 7, por su origen y circunstancias, generaron un corte transversal en todo el sistema político y social de entonces, del que no fueron ajenos, sino todo lo contrario. Los comunicados n.º 4 y n.º 7 tuvieron especial énfasis en las propias Fuerzas Armadas. Baste recordar el levantamiento por parte de la Armada con el cerco a la Ciudad Vieja comandada por el vicealmirante Zorrilla, hechos que hasta hoy son motivo de controversias internas.

A la luz de los años que nos separan de estos hechos, y con la solemnidad y el respeto que me merecen este edificio y, además, quienes a diario nos esforzamos y trabajamos para construir la pública felicidad aquí mismo, nadie puede arrogarse nunca el derecho de ser más demócrata que otros. Pero si así fuere, si alguien intentare apenas insinuar que la fuerza política a la que represento, el Frente Amplio, dudó un solo momento en la defensa de las libertades, con toda la fuerza que aguante mi garganta, con la firmeza de los gigantes que nos sostienen, voy a decir fuerte y claro que el Frente Amplio fue, es y será una fuerza constructora que defendió con su sangre una patria para todos.

Eran épocas de consignas; eran tiempos difíciles. Y, claro, el Frente Amplio –nobleza obliga– no llevó adelante esta lucha en soledad; lo hizo esta fuerza política junto a ciudadanos y ciudadanas de todos los partidos políticos, junto a los heroicos trabajadores, junto a los estudiantes, a los caídos, a los sobrevivientes y a todos y cada uno de

aquellos que repudiaron desde el primer día estos hechos, pagando el alto costo de la cárcel, la tortura, el exilio, la proscripción y la desaparición forzada que trajo consigo el flagelo de los años más oscuros. Por eso hoy, más que nunca, que cada quien honre a sus muertos, pero fuerte dejemos muy claro que nunca más nos merecemos pasar por tales suplicios.

Muchas gracias, señor presidente.

(Aplausos en la sala y en la barra).

SEÑOR PRESIDENTE (JORGE GANDINI).- Antes de continuar con la lista de oradores, la Mesa quiere advertir que hemos estado sesionando por mucho rato sin el *quorum* necesario. En este momento tenemos el *quorum* justo, muy justo. No sería deseable tener que levantar una sesión de este tipo por falta de *quorum*, pero estamos muy ajustados y vamos a tener que cumplir el Reglamento.

Tiene la palabra la señora legisladora Amanda Della Ventura.

SEÑORA DELLA VENTURA.- Señor presidente: en realidad, se ha sido bastante explícito acerca de las diferentes visiones que se han tenido sobre estos hechos. Yo, simplemente, voy a dar lectura a algunas partes de algunos artículos de Mario Benedetti que se publicaron en el libro *Escritos políticos (1971-1973)*, que fueron mayoritariamente extraídos de *Marcha*.

El 22 de diciembre de 1972, con el título Monólogo y juego sucio, decía Benedetti: «En forma paulatina, se fueron vislumbrando tres de los factores que Nicos Poulantzas detecta como síntomas indicativos de todo proceso de fascistización: la "radicalización de los partidos burgueses hacia formas de Estado de excepción", una distorsión característica entre "poder formal" y "poder real", y, por último, la "ruptura del vínculo representantes-representados" [...]. En el primero de esos rubros, cabe señalar que el proceso uruguayo, aunque acelerado, ha ido cumpliendo diversas etapas de desarrollo. No se adoptaron ni se adoptan aún, de modo directo, disposiciones inherentes a un régimen de excepción, sino que más bien (y fue asimismo Pacheco quien tuvo el oscuro privilegio de imponer el hábito) se eligieron normas excepcionales, más o menos previstas por el texto constitucional, tratando en primer término, y en base a sucesivas prórrogas, de convertirlas en aceptada rutina, para luego propugnar leyes que las incorporasen en forma permanente al aparato represivo del Estado.

De modo que, en síntesis, el proceso fue éste. Primero: introducir la excepción. Segundo: convertirla en rutina. Tercero: transformarla en regla. Ese fue, después de todo, el desarrollo que siguieron las Medidas Prontas de Seguridad al transformarse en estado de guerra, y después éste, al devenir Ley de Seguridad. Es, aún hoy, la escalada que empieza en las varias veces prorrogada suspensión de garantías y que ahora se intenta culminar

con el amenazante proyecto sobre "estado de peligrosidad". Y así sucesivamente.

El segundo índice, la distorsión característica entre poder formal y poder real, apareció en la agitada serie de enfrentamientos vinculados a la detención de Jorge Batlle, al reclamo por la libertad de los cuatro médicos y al documento hecho público por el senador Ferreira Aldunate; hechos éstos que provocaron contradicciones muy graves en los sectores oligárquicos y en algún caso hasta dimisiones de ministros, así como un movido ritmo de mutis, entradas y nuevos mutis, en las más altas jerarquías castrenses.

En cuanto al tercer *item* (ruptura de vínculo representantes-representados), es quizás el que aparece con mayor nitidez, no solo en lo que tiene que ver con el bochornoso trámite dado a la Ley de Educación General (virtualmente manufacturada en la clandestinidad, sin la menor participación de los sectores directamente vinculados a la enseñanza), sino también y, sobre todo, con los recientes discursos del presidente. A esta altura, nadie puede dudar de su incapacidad para el diálogo; falta saber si realmente tiene capacidad para el monólogo, ya que a este género parece haberse restringido la aptitud expresiva del primer mandatario.

Sin duda podemos estar de acuerdo con Real de Azúa cuando establece importantes diferencias (basadas a su vez en las tesis del brasileño Helio Jaguaribe) entre los regímenes de represión política del costado atlántico sudamericano, y el fascismo europeo de anteguerra. [...] Pero ya vimos cómo tres de las señales distinguidas por Poulantzas podían ser reconocidas sin violencia en la actual realidad uruguaya. Quizá donde pueda reconocerse una diferencia más neta entre las formas fascistas europeas y esta de aquí, tan doméstica y peculiar, sea en aquel rasgo que Gramsci denominaba "equilibrio catastrófico", ya que el signo clave del Uruguay de hoy es más bien un catastrófico *desequilibrio*.

Todo régimen de excepción se origina, como es obvio, en una crisis política, o en una crisis ideológica, o en ambas a la vez. [...] El régimen y sus personeros, recurren libremente a la cadena de radio y televisión. Pero la usan sin interlocutores. A los posibles y válidos interlocutores les es negada inexorablemente la cadena. Hay quienes llaman a ese proceder: técnica de homogeneización ideológica. Pero en términos menos profesionales suele denominarse sencillamente *juego sucio*.

Todo tiende en los últimos tiempos a homogeneizarnos ideológicamente: [...] la mordaza en los medios de comunicación, la inminente ley sobre "estado de peligrosidad". La alternativa es cada día más clara: o coincidimos ideológicamente con el régimen (ello significa coincidir con la clase dominante que él representa, y por consiguiente admitir que nos domine) o incurriremos en ese novísimo estado de peligrosidad, última palabra en materia de aberraciones jurídicas, como lo demostró Martínez Moreno

en su alertante artículo del pasado viernes. Ya no solo seremos peligrosos por nuestros actos o nuestras palabras; también lo seremos por nuestras simpatías, que equivale a decir por nuestros pensamientos. O sea que no tendremos derecho al diálogo (uno de los vehículos concretos de la simpatía), pero tampoco a nuestro propio monólogo. [...] A diferencia de otro monologuista famoso, el príncipe de Dinamarca» —que Shakespeare introduce en *Hamlet*—, «nuestro señor presidente no nos pondrá en el dilema de *ser o no ser*. Sencillamente nos ordenará *no ser*. Porque, como se sabe, el *ser* ha significado, en todas las épocas, un estado de peligrosidad».

Días antes del 9 de febrero, el 26 de enero del setenta y tres —es más breve lo que voy a leer—, en el artículo que se titulaba *La impotencia de la fuerza*, decía: «Dentro de pocos días vencerá nuevamente el plazo acordado por la Asamblea General para la suspensión de los derechos y las garantías individuales. Ya hemos perdido la cuenta de estas vergonzosas y sucesivas prórrogas. Desde las medidas de seguridad [...] en 1968, el individuo ha sido una de las señaladas víctimas del régimen. Desde entonces hasta ahora, el gobierno ha desatado un verdadero alud de leyes y normas, conducentes a restringir cada vez más la movilidad, la capacidad creativa y el ejercicio crítico de cada ciudadano.

Directa o indirectamente, el régimen ha propiciado el terror, y no ha vacilado en usarlo como elemento de presión constante y dura persuasión. Hoy en día, el hombre oriental (aun el que está en libertad) se siente ominosamente cercado, espiado y constreñido, por un estado represivo, arbitrario y omnímodo. De las medidas de seguridad, al estado de guerra; del estado de guerra, a la Ley de Seguridad del Estado, pasando por la suspensión de garantías individuales y la Ley de Educación General, y apuntando ya a la reglamentación sindical y a la ley de "estado peligroso", toda la preocupación (habría que decir: la obsesión) normativa del régimen, ha sido la de aherrojar al ciudadano común en una serie de limitaciones y mordazas, de apremios y humillaciones, de vedas y escarmientos».

Más adelante expresa: «Napoleón, que tenía por qué saber algo de las grandezas y las miserias del poder, escribió en cierta ocasión, propicia a las amargas reflexiones: "Lo que me extraña de este mundo es la impotencia de la fuerza. De los dos poderes, fuerza e inteligencia, es siempre la fuerza la que acaba por ser vencida"».

Y agrega: «Con su mano fuerte, y los pertinentes manotazos históricos, el régimen no está solucionando nada: ni los problemas (pavorosos problemas) del país, ni, muchos menos, los de su propia estabilidad. Está sencillamente echando las bases de un futuro explosivo. La carta con que el presidente respondió al telegrama de los doctores Batalla, Bruschera y Cardozo es otra demostración (si faltaba alguna) de la incapacidad del presidente para el diálogo con fuerzas discrepantes. Bordaberry sustituyó los eventuales argumentos por el agravio listo y llano, tal vez porque carecía de aquellos».

(Ocupa la presidencia la señora Beatriz Argimón).

—Finaliza este artículo del 26 de enero del 1973 diciendo: «Por eso, ahora que se acerca la fecha de un nuevo vencimiento de la suspensión de derechos y garantías individuales, y circula el rumor de que el *pacto* posiblemente funcione una vez más para un acuerdo abyecto, conviene que quienes eventualmente levanten sus manos para negar la libertad por la que lucharon y murieron quienes nos legaron esta tierra y esta patria, sean conscientes de que con ese voto no estarán asegurando la paz, ni la concordia, ni siquiera la tranquilidad general o particular que tanto parece preocuparles. Más bien estarán votando por todo lo contrario. Estarán votando, como decía Napoleón, por "la impotencia de la fuerza"».

Finalizando estas citas, después del 9 de febrero, en un artículo que se denominaba Moral y desafueros, lo que decía Benedetti era lo siguiente: «En realidad, los planteos morales tienen la ventaja (pero también la dificultad) de que, para tener fuerza, deben ser coherentes, y sobre todo, no hacer discriminaciones. Justamente, uno de los procederes más inmorales de este pobre mundo, debe ser la tortura. La tortura es algo que no sólo desbarata o lesiona físicamente al torturado; también destruye y corrompe moralmente al torturador. Sin embargo, dentro de esta situación que se pretende renovadora, la tortura sigue funcionando. Es descabellado pensar que un país como el nuestro, regado por generosa sangre joven, corroído por la crisis, y devorado por la corrupción, pueda reconstruir efectivamente su convivencia, rehacer su economía y levantar su moral comunitaria, sobre la sórdida base de que las torturas continúen. O sea que el vendaval ético debió invadir antes que nada los locales de represión, para acabar de una vez para siempre con ese recurso infamante y degradado. Nada hay más inmoral que la tortura infligida por un ser humano a otro ser humano. Ninguna razón puede justificarla. Ese es el primer ilícito que debió ser arrancado de raíz. No sólo son ilícitos los negociados y las grandes estafas; también la tortura es una estafa, un fraude descomunal a la dignidad del hombre».

Esto lo estaba diciendo antes del 27 de junio.

Señora presidenta: siempre hay que valorar el intercambio en este Parlamento; eso es la democracia: el respeto, la tolerancia a las ideas y a los diferentes pensamientos. Por eso, queremos puntualizar algunos elementos.

De alguna forma, en alguna intervención, aquí se ha identificado a la subversión o a la guerrilla como causante de la dictadura del 27 de junio y previo, evidentemente, a ese 9 de febrero, a través de la acción de desobediencia que llevaron adelante las Fuerzas Armadas. En realidad, aquí se llegó a decir que sin la guerrilla no habría habido dictadura.

Señora presidenta: las mismas Fuerzas Armadas, en setiembre del 72, habían declarado ya que el MLN había

sido derrotado. Entonces, es bueno que, hablando de estos temas aquí, no dejemos de puntualizar que, si queremos ser veraces, si realmente nos preocupa la verdad objetiva, nadie debería decir que la dictadura vino por la guerrilla. Ya estaba desarticulada, presos o exiliados sus integrantes y fue después que se detuvo a trabajadores, dirigentes sindicales, políticos, estudiantes, que nada tenían que ver con la subversión; y se asesinó, se torturó y se desapareció a uruguayos y uruguayas —doscientos—, que en su gran mayoría continúan hasta hoy desaparecidos.

Entonces, condenamos la teoría de los dos demonios, o sea, la visión de trasmitir que fueron dos bandos que pelearon y por eso vino la dictadura. Se pretende borrar que fue el Estado, que fue el terrorismo de Estado el que actuó sobre nuestros conciudadanos, que fue el Estado utilizando toda su fuerza y su poder el que atacó a ciudadanos y a ciudadanas solo por pensar diferente.

Señora presidenta: ¡nunca más dictadura!, ¡nunca más terrorismo de Estado!, ¡verdad y justicia!

Gracias.

(Aplausos en la sala y en la barra).

SEÑORA PRESIDENTA.- Tiene la palabra el señor legislador Nicolás Viera.

SEÑOR VIERA.- Señora presidenta: también nos vamos a sumar al homenaje del día de hoy.

A diferencia de lo que muchos han hablado aquí, no tengo anécdotas ni historias personales para traer a colación, tampoco ninguna vivencia ni crónica del momento.

Nací en 1988, pero aun así me siento hijo de la dictadura, porque como tantos hijos de este Uruguay, viví sus consecuencias inmediatas.

Hace un rato, cuando homenajeábamos al vicealmirante Zorrilla, decía que la verdad histórica es relativa y en este homenaje lo reafirmo. Quizás, no haber vivido el momento me permite algunas licencias en mi reflexión, que tiene mucho de personal, de política y de subjetiva.

El mundo atraviesa una crisis político-institucional terrible. Cada vez más, los países con democracia plena son los menos. Los sondeos de opinión en muchos países y, sin ir más lejos, en nuestra región inmediata, indican que un alto porcentaje de la población cree en el golpe de Estado como solución a los problemas de la democracia. En otras naciones ensayan métodos como el *lawfare*, golpes parlamentarios o judiciales para resolver los problemas con sus gobernantes. Por tanto, Uruguay está en las puertas de un gran desafío.

En este acto comenzamos a recordar una larga noche oscura del Uruguay contemporáneo, que fue la dictadura civil y militar que se extendió entre 1973 y 1985, sin obviar lógicamente los años previos del pachecato. Y tenemos un gran desafío: levantar la mira, reflexionar con altura y que el pasado, cual fantasma que nos persigue, no siga permitiendo los cuchillos bajo el poncho entre los orientales.

El Uruguay es uno solo, y lo queremos todos. Nos necesitamos y nos sentimos orgullosos de nuestra identidad construida por casi dos siglos y no nos podemos seguir dando el lujo de cobrarnos cuentitas pequeñas sobre un pasado que nos divide en la medida en que cada uno se posicione desde su verdad.

Y aquí quiero hacer un paréntesis, señora presidenta, porque a lo largo de esta sesión -quiero decirlo con respeto- algunas opiniones, particularmente del Partido Colorado, caen en la miopía histórica al adjetivar como de poca claridad algunas decisiones que tomaron integrantes del Partido Nacional, del Partido Comunista, del Frente Amplio, del Partido Socialista, del MLN. Pero lo que no vimos o lo que no escuchamos es cuál es la responsabilidad o la autocrítica que hace el Partido Colorado con respecto a esos hechos. Y es ahí que yo veo una miopía histórica, porque es fácil encontrar responsabilidades en los demás y no encontrar ninguna en sí mismo. ¿Quién se hace responsable por Bordaberry y sus acciones? ¿Quién se hace responsable de Pacheco y sus acciones? ¿Quién se hace responsable de los golpistas? Porque del otro lado, bien o mal, con discrepancias o coincidencias, el MLN se ha hecho siempre cargo de sus acciones. El Partido Comunista del Uruguay se ha hecho siempre cargo de sus acciones; lo mismo el Frente Amplio y la CNT. Entonces, cuando llegan las horas de pasar facturas, hay que tener muy claro hacia dónde queremos apuntar, porque no podemos livianamente cargar las tintas a todo el Partido Colorado por las responsabilidades que le generó un dictador como Bordaberry. Tampoco podemos decir que el Partido Nacional tenga alguna responsabilidad porque alguna vez Bordaberry fue senador por ese partido. Por eso digo que no podemos juzgar la historia con los ojos del siglo XX, sino que tenemos que analizar a los actores en las circunstancias en las que se dieron los hechos. Y lo digo hoy y ahora, señora presidenta, porque no quiero que ese sea el talante para los múltiples momentos de recordación que tengamos este año, como usted lo planteaba al principio de esta sesión de homenaje. Para muchos, los acontecimientos de febrero de 1973 fueron el inicio del golpe de Estado, aunque la represión estatal ya llevaba unos cuantos años, al punto de que el justificativo final para dar el golpe político y administrativo del 27 de junio de 1973 era derrotar a la guerrilla, cuando la guerrilla ya había sido desarmada mucho antes. Pero aquel febrero amargo -como lo bautizó justamente Vasconcellos con tal acierto que así lo conocemos desde entonces- fue la demostración real del tejido de poder militar, político y también civil, señora presidenta.

El pacto de Bordaberry con los altos cargos militares sentó las bases para el inicio de la peor de nuestras noches. Y aquel febrero fue un parteaguas: posicionó a los honestos y a los demócratas en una vereda y en la otra, a los traidores de la patria, porque es así. En el Uruguay solemos administrar nuestros blancos y negros en función de la vereda en la que nos paramos. No hay otra vereda que la democracia, no hay otra vereda que no sea la de defender la república. Se está con el pueblo o se está contra él.

Soy de los que no creen que esto se resuelve pasando la página; tampoco creo que nuestro debate se termine cuando ya no estén sus protagonistas, porque aún falta mucho: hay hijos, nietos, bisnietos, esperando verdad, esperando justicia. Soy de los que creen que la democracia sigue siendo la salida para los grandes problemas del país, mirando la historia, buscando en nuestro pasado. Nada puede ser mejor que el pueblo siga eligiendo a sus gobernantes y que los elegidos puedan iniciar y concluir sus mandatos sin alteraciones. ¡Si será bendita nuestra democracia, señora presidenta, que hoy aquí asistimos a este debate hijos de integrantes del MLN e hijos de militares que formaron parte del proceso golpista! ¿Eso nos hace mejores o peores personas? ¡No! Eso nos hace civilizados y nos permite poner los intereses del país por encima de cualquier otra diferencia, y Uruguay lleva largo tiempo, muchas décadas de un pacto silencioso, pero que todos hemos aceptado: aquí no hay dos demonios, aquí hubo terrorismo de Estado y aquí hay impunidad. La vida democrática de un país, señora presidenta, se mide por la robustez de sus instituciones y por el compromiso y la responsabilidad de su pueblo a la hora de tomar decisiones.

Para recordar los hechos de aquel febrero amargo, tenemos dos caminos: vemos la película completa o miramos la escena que nos deje bien parados. Yo prefiero ver la película completa.

¡Nunca más dictadura! ¡Por memoria, verdad y justicia! ¡Viva el Uruguay!

(Aplausos en la sala y en la barra).

SEÑOR PASQUET.- ¿Me permite una interrupción?

SEÑOR VIERA.- Sí, señor legislador.

SEÑORA PRESIDENTA.- Puede interrumpir el señor legislador.

SEÑOR PASQUET.- Muchas gracias, señora presidenta. Muchas gracias, señor legislador Viera.

En la tarde de hoy procuramos dar a nuestra intervención un tono determinado del que no queremos salir. La intervención del señor legislador Viera va por otros caminos; no lo vamos a seguir por allí, y no porque rehuyamos los debates, sino porque nos parece que esta no es la ocasión para ellos.

En materia de autocrítica, nosotros hemos hecho cosas de las que no nos arrepentimos y, pese a que estamos acá —lo cual le consta a la sala— durante todas las sesiones y nos quedamos desde el principio hasta el final, no escuchamos eso que el señor legislador Viera dice que han sido autocríticas de todos los sectores del Frente Amplio a lo que él mencionó. Seguramente, en algún momento me distraje, pero yo esas autocríticas no las escuché. En otra oportunidad podemos debatir estos temas en otro clima y no en el que debe reinar en la tarde de hoy.

Insisto: como integrante orgulloso del Partido Colorado, no siento que en esta materia estemos debiendo absolutamente nada.

Muchas gracias.

SEÑORA PRESIDENTA.- Puede continuar el señor legislador Nicolás Viera.

SEÑOR VIERA DÍAZ.- He finalizado, señora presidenta.

SEÑORA PRESIDENTA.- Tiene la palabra la señora legisladora Silvia Nane.

SEÑORA NANE.- Señora presidenta: solamente quiero agregar algunos elementos a las variadas intervenciones que hemos tenido en la tarde de hoy.

Mi compañero Oscar Andrade decía que no se puede hablar de este febrero sin enmarcarlo en un proceso histórico en el que, ya a la altura de los hechos que hoy recordamos, parte del sistema político había tomado posición sobre la militarización del conflicto social que aquejaba nuestro país en ese momento. De hecho –acá viene uno de los aportes, humildemente, en la ciencia política, el golpe uruguayo se estudia como un caso raro porque fue un golpe de Estado de un presidente electo con apoyo de los militares. Luego, los militares sí se quedaron con todo el poder, pero lo cierto es que hasta 1976 fue un golpe cívicomilitar de derecha.

Acá se trató, de alguna forma, de hacer una interpretación de los hechos históricos, intentando comprender cuál fue la actitud de la izquierda. Tenemos para decir que la postura de la izquierda del Uruguay desde 1968 fue de una denuncia constante de las torturas, de los abusos que hubo en las movilizaciones pacíficas de estudiantes, de la clase obrera, de los asesinatos de estudiantes, de sindicalistas. Luego, todo el pasaje durante la dictadura es bien conocido —ahí ya es difícil hacer aportes originales—, porque todos saben en el lomo de quién recayó la peor represión del terrorismo de Estado.

En función de hacer un mínimo análisis, creo que la cuestión acá no es quién dijo qué en febrero de 1973, sino tratar de analizar de alguna manera responsable la línea histórica a más largo plazo, que incluye sí una dictadura cívico-militar, en la cual ninguno de los apoyos cívicos –ninguno– vino de la izquierda, aunque sí hubo –esto es

una cuestión histórica— integrantes de los partidos tradicionales tanto en el Consejo de Estado como en el gabinete ministerial.

Cuando tratamos de mirar de nuevo, de ver un poco la línea histórica, es bastante conocido —más allá de que no voy a hacer referencia a *El Popular*, porque ya se ha hecho referencia un montón de veces hoy— que entre febrero y junio de 1973 las Fuerzas Armadas sanearon, de alguna manera, su interna; seguramente, acá hay gente que lo conoce mucho mejor que yo y que lo podría describir de una forma mucho más exhaustiva. Pero, como cuestión general, se saneó; pasaron muchas cosas entre ese febrero y junio de 1973.

Mientras hoy en las interpretaciones se nos decía que la izquierda había actuado de una manera poco leal -digamos así- a las instituciones democráticas, es bueno recordar que, mientras en este país sucedían todas estas cosas, hubo varios que no reaccionaron en ese febrero porque realmente la acción de Bordaberry era indefendible y tampoco reaccionaron después en junio cuando se produjo el golpe definitivo. Pero, en tanto, es por todos conocido que el Frente Amplio y la izquierda desde el 27 de junio de 1973 lucharon contra la dictadura en una forma incansable, al igual que muchos otros representantes del sistema político democrático y muchos otros militantes de a pie. Cualquier otra interpretación pisa la mala fe y cae en una simplificación bastante poco conveniente de la realidad, a la luz, sobre todo, de documentos e investigaciones históricas que están a mano de cualquiera que las quiera leer.

Cuando analizamos los verdaderos propósitos de la dictadura, podemos encontrar varias cosas. Uno clarísimo era impedir el crecimiento de la izquierda y de sectores liberales que se resistían a que la crisis económica de ese momento la pagaran solamente los que menos tenían. Otras cuestiones en las que el golpe fue exitoso es que no solamente derrotó a la guerrilla, sino también a la izquierda democrática y le impidió a Wilson Ferreira Aldunate seguir su carrera hacia la presidencia. Es verdad que la dictadura fracasó, pero en esos doce años que duró hizo todo lo que pudo no solo por destrozar al país, sino por imponer interpretaciones arbitrarias de sus actos, usando la mentira, la deformación y alterando el relato de los acontecimientos.

El politólogo Carlos Pérez Pereira dice en una nota, en referencia a la dictadura: «Como un huevo dejado por una serpiente en disparada, trasladó confusiones y el desconcierto al futuro, para tratar de ocultar su verdadero papel de mercenarios al servicio de las clases dominantes, que prefieren romper el orden republicano, con tal de no perder sus privilegios».

Y hay otras teorías, una de las cuales es la de Julián González, que dice que también una consecuencia de largo plazo de la injerencia política de las Fuerzas Armadas es la que acunó la creación de un partido militar que hoy forma parte de la coalición de gobierno.

Estoy tratando de aportar elementos.

Señora presidenta, el tiempo es porfiado y hay casualidades que, a veces, nos juntan hechos en un mismo día. Aquí se hablaba del fallecimiento de Carlos Julio Pereyra, un 9 de febrero. Hoy la casualidad del tiempo nos junta dos acontecimientos, y sobre uno de ellos quiero hacer especial mención. El acontecimiento que estamos recordando inició una época en la que el Estado utilizó sus recursos para exiliar compatriotas, para traicionar a otros, para violar a otros y a otras, para torturar, para desaparecer militantes sindicales y de izquierda, para secuestrar niños y niñas, para robar pertenencias de quienes eran perseguidos, y todo lo que todas y todos quienes estamos acá adentro conocemos. Además, algunos militamos día a día con personas que llevan en su presente las marcas de todo eso que pasó.

El otro hecho que quería traer a colación en este 9 de febrero, cincuenta años después de que pasó, es que hoy es la última instancia y, por lo tanto, se dictará sentencia definitiva en la causa conocida como Los Vagones. El de Los Vagones en Canelones es el primer juicio oral en una causa vinculada a crímenes de lesa humanidad. El centro de tortura Los Vagones funcionó entre fines de 1970 y setiembre de 1975 —cuando no había una plena democracia, obviamente—, en el edificio de la Escuela de Policía de la ciudad de Canelones, donde ahora está instalada la sede de la Policía de alta dedicación operativa. Detrás del edificio se instalaron tres vagones de ferrocarril: en dos de ellos se recluía a dirigentes sindicales y políticos y en el tercero se depositaban las pertenencias de los militantes, que eran apropiadas en los operativos de detención.

Entre setiembre y octubre de 1975 los vagones fueron trasladados unas cuatro cuadras hacia el barrio Olímpico, y en esa etapa el centro de reclusión fue parte de la llamada Operación Morgan, que implicó la desaparición y tortura de decenas de miembros de la dirigencia del Partido Comunista. Algunos de los detenidos llegaron a estar varios meses recluidos en los vagones.

Señora presidenta, es verdad que hay un antes y un después en estos hechos que hoy recordamos, pero también hay un durante y un presente, y en ese presente todavía nos faltan muchos y muchas compatriotas que fueron víctimas de todo el horror que se desató en este país antes, durante e, incluso, después de la llamada dictadura militar. Es por ellos por quienes marchamos cada 20 de mayo exigiendo verdad, memoria y justicia.

Muchas gracias.

(Aplausos en la sala y en la barra).

SEÑORA PRESIDENTA.- Tiene la palabra el señor legislador Carlos Varela.

SEÑOR VARELA.- Señora presidenta: el ser contemporáneo de los acontecimientos que estamos analizando hoy tiene sus ventajas y sus desventajas. La desventaja es la obvia, la física, los efectos de los años sobre uno, y la ventaja es que, al escuchar este interesantísimo debate, la memoria comienza a funcionar y a recordar acontecimientos y circunstancias.

Señora presidenta, no soy autorreferencial, pero quiero decir que trabajaba en Sarandí y Ciudadela, en la vieja empresa COT, y el 9 de febrero nos hicieron ir a trabajar, y la Marina permitió a los vecinos y a quienes trabajaban en la Ciudad Vieja entrar por corredores que habían establecido. Así que viví en vivo y en directo el hecho de que hubiera marinos de un lado y el Ejército del otro, con la incertidumbre de lo que podía suceder, aunque casi todos teníamos la conciencia de que no iba a suceder absolutamente nada, hasta por razones de correlación de fuerzas.

¿Por qué cuento esto y hablo de contemporaneidad? Porque intentar establecer un punto de partida en los acontecimientos históricos es muy difícil; la historia es una sucesión de acontecimientos que, a veces en forma caprichosa y a veces en forma intencionada, se van sucediendo y generan determinados efectos.

Acá se ha hablado con total legitimidad de que todo esto comenzó tal día con tal hecho, etcétera; pero yo creo que no es así, sino que es mucho más larga la historia. En lo personal, estoy incapacitado para imaginar cuál fue el punto de inflexión que generó los acontecimientos que estamos analizando, pero sí quiero narrar la época, porque si no se contextualizan los hechos históricos es muy difícil entenderlos. Claro, hoy, debido a que pasaron cincuenta años y que contamos con una gran cantidad de libros, de análisis, de documentos y de experiencias personales podemos irnos haciendo una composición de lugar y hasta encontrar una explicación de lo que sucedió, pero aquella época –sé que no es ninguna novedad decirlo– era muy especial.

Hay un hecho que no se narró, y es que era la época de la Guerra Fría. Por tanto, los acontecimientos internacionales tuvieron una absoluta repercusión y explicación de las conductas políticas, sociales, culturales, etcétera.

El bloque socialista y el mundo capitalista se disputaban el mundo con guerras declaradas, como la de Corea primero, y luego la de Vietnam, o con otras guerras o enfrentamientos más soterrados, de los cuales muchas veces los países, los partidos políticos y las organizaciones sociales éramos protagonistas sin saberlo o sin tener claro que éramos parte de ese juego.

El Uruguay de los cincuenta y de los sesenta era un Uruguay absolutamente crispado; hoy hablamos de grietas y ¡vaya si había grietas en esa época! Por lo menos yo lo viví así.

Mi hogar era común y muy politizado, como lo era toda la sociedad en esa época, porque se leían no sé cuántos diarios y se escuchaban no sé cuántos informativos. Mis padres no eran de izquierda, pero en mi casa, en las reuniones, se hablaba permanentemente del posible golpe de Estado ya en la década del sesenta. Recordemos que en 1964 se dio un terrible golpe de Estado en Brasil, y ahí no había guerrilla. Además, América Latina era un continente sacudido permanentemente por golpes de Estado, y no en todos lados había guerrilla; lo que había eran ajustes de cuentas para instalar un determinado modelo que no venía más que del norte de este continente. Si no entendemos esa lógica internacional y ese juego de poderes tal vez no podamos entender lo que pasó en Uruguay.

Yo recuerdo que en radio Carve —la nombro porque es radio Carve— cada tanto pasaban un discursito de Fidel, y luego una crítica y un ataque a Fidel Castro; eso ocurría todos los días, sistemáticamente. Ahora hablamos de las redes, ¡por favor, lo que era aquello! Además, los medios de comunicación estaban absolutamente direccionados. Hoy nos enteramos de que los editoriales de varios diarios de este país —alguno de ellos todavía existe— eran escritos por la embajada de Estados Unidos; estos editoriales se publicaban de manera idéntica, el mismo día y en varios diarios. Esto es un hecho histórico y absolutamente comprobable por las investigaciones que se han realizado. Ese era el mundo de los años sesenta y setenta. Entonces, es muy difícil explicar que esto empezó determinado día a determinada hora.

Hoy se habló de Soledad Barrett, quien en 1962 tenía 17 años y fue secuestrada por un comando nazi. Esta joven se negó a gritar «Viva Hitler y muera Fidel», y le tatuaron esvásticas en los muslos; eso está en la prensa. Eso ocurrió en 1962 en este país.

En 1962, 1963 y 1964 hubo denuncias de terribles torturas policiales; varios sindicalistas fueron llevados presos y torturados en las comisarías de los barrios. Además, los servicios extranjeros funcionaban, no solo la CIA, sino también la KGB, y otros. Esos servicios funcionaban, tenían oficinas en este país -hoy lo sabemos- e instruían. ¿Nadie habló de la Escuela de las Américas, que era adonde iban los oficiales del Ejército uruguayo, de las Fuerzas Armadas uruguayas, a instruirse y a recibir una doctrina de seguridad interna que luego aplicaron en forma sistemática, acá y en todo el continente? ¿Nadie habló de eso? ¿Nadie explicó los comportamientos de las Fuerzas Armadas a partir de la doctrina que recibieron, no del Ejército y del gobierno uruguayo, sino del gobierno norteamericano? Todo esto era una realidad, y del otro lado también existían influencias, aunque de otra manera.

Entonces, el 9 de febrero tiene que estudiarse en ese contexto y tiene que analizarse con absoluta frialdad para admitir responsabilidades y errores. No es sano vivir la vida política sin admitir que uno pudo haberse equivocado, y que se pudo haber equivocado por la contextualización y los acontecimientos históricos que se estaban viviendo. Sin duda, hay que hacer ese análisis, porque es sano.

Acá se decía que todas las fuerzas políticas cometieron algunos errores, y es así. En ese sentido, me pareció muy interesante la intervención que hizo el legislador Gandini, cuando dijo que todos tenemos nuestras responsabilidades; la izquierda la tuvo -soy un simple militante, pero yo me hago cargo de ello- y los partidos tradicionales también, porque el 9 de febrero no se puede analizar sin la historia anterior, pero tampoco sin la historia posterior. Digo esto porque el 9 de febrero hubo gente que se la jugó y que luego no se la jugó tanto; obviamente, no estoy hablando del vicealmirante Zorrilla ni de quienes hoy homenajeamos, sino de actores políticos que el 9 de febrero tuvieron una actitud y luego compartieron el gobierno de la dictadura, fueron integrantes del Consejo de Estado y fueron intendentes de la dictadura y, después, dicho sea de paso, fueron diputados y senadores durante la democracia sin ningún tipo de autocrítica. Digamos todas las cosas. :Digamos todas las cosas!

Las Fuerzas Armadas, como la Marina, el 9 de febrero juraron: «La Armada, con todos sus integrantes, monolíticamente unidos en su concepto de lealtad a la autoridad que el pueblo eligió democráticamente, desea expresar que mantendrá hasta sus últimos extremos la defensa de las instituciones, dando fiel cumplimiento a las directivas [...]», pero luego torturó, mató y fue parte de la dictadura a partir del 27 de junio. Los fusileros navales mataron gente y violaron mujeres, aunque el 9 de febrero, apenas unos meses antes, la Armada juró su lealtad a las instituciones. ¿Estoy acusando a la Armada? De ninguna manera; las circunstancias variaron, los mandos se modificaron, y tal vez quienes equivocaron el análisis el 9 de febrero, a partir del 27 de junio pusieron su vida para defender las instituciones. Entonces, la historia no es tan lineal. No es blanco y negro; estamos llenos de grises, porque somos seres humanos.

Las fuerzas políticas y las fuerzas sociales las integramos hombres y mujeres, con nuestras virtudes y nuestros defectos, y a partir de allí hay que hacer el análisis. Por eso insisto en que el análisis yo no lo termino el 9 de febrero de tarde, y ni siquiera lo termino con la recuperación democrática, porque después de eso también hubo responsabilidades con respecto a lo que sucedió durante la dictadura, ya que hubo quienes buscaron la verdad y hubo quienes la ocultaron. Entonces, hagámonos cargo de todos y de todo. Esta es la verdadera historia y, desde mi punto de vista, donde hay que ubicar el acontecimiento de ese día.

Creo que cometeríamos un grave error si nos quedáramos solo con la lectura de ese momento, con los comunicados n.º 4 y n.º 7, que yo creo que fueron una gran operación de inteligencia. Tal vez el responsable nunca

nos pueda contar porque no está más entre nosotros. A él también habría que incluirlo en esa lista. ¿Quién mató a Trabal y por qué? Sabemos que tuvo un papel protagónico en la elaboración de esos documentos, pero si nos quedamos solo con eso, cometeríamos un grave error.

Héroes y villanos podemos ser todos en determinadas circunstancias. El transcurrir del tiempo nos ubica en su justo lugar; los partidos políticos –todos– pudieron haber cometido errores, pero quienes estuvieron allí hoy son absolutamente democráticos, defensores de la república y de las instituciones. Eso es lo que tenemos que reivindicar.

Podemos reivindicar nuestro papel protagónico en defensa de las instituciones tal vez a partir del aprendizaje de los errores, que tampoco fueron del 9 de febrero; van mucho más atrás.

Nosotros nos hacemos cargo de nuestra historia; nos hacemos cargo de nuestras virtudes y de nuestros errores, y de algún traidor que por allí hubo, pero fundamentalmente de nuestros héroes, hombres y mujeres que dieron todo —absolutamente todo—, incluyendo su vida, por defender las instituciones. Por ese camino queremos seguir.

Este tipo de debates nos hace muy bien porque hay muchas generaciones posteriores a las nuestras que no lo vivieron —afortunadamente para ellos—, pero que necesitan, no una versión, sino todas las versiones que tenemos para que se hagan su composición de lugar y, en especial, para no olvidar, porque no queremos que vuelva a suceder nunca más lo que aconteció en esos años.

Gracias, señora presidenta.

(Aplausos en la sala y en la barra).

SEÑORA PRESIDENTA.- La Mesa quiere advertir que estamos con el *quorum* justo, por lo cual solicita a los legisladores que permanezcan en sala.

Tiene la palabra la señora legisladora Liliana Queijo.

SEÑORA QUEIJO.- Señora presidenta: primero que nada quiero saludar a todos los presentes.

Nosotros vinimos pensando que hoy íbamos a analizar el pasado con profundidad, con inteligencia y con apertura y también a rendir homenaje a quienes, desde diferentes tiendas políticas, tomaron posición por la democracia y la institucionalidad.

Pensamos que era una tarea importante para construir entre todos —o con la mayoría— y que eso nos iba a ayudar a esclarecer y formar una conciencia crítica sobre hechos que no deberían volver a ocurrir, porque las dictaduras pasan, pero las cicatrices quedan. De hecho, este pueblo tiene muchas cicatrices que se gestaron en la época de la dictadura.

Trataremos de no ser reiterativos, pero no podemos admitir —no quiero usar la palabra «tolerar» porque es muy fuerte— que se adjudiquen intenciones golpistas al intentar hacer el relato de la historia, entre otras cosas, porque distorsiona la realidad y también los objetivos que tuvieron los militares —y no solo los militares, porque esta fue una dictadura cívico-militar— cuando comenzaron con la dictadura, que fue exterminar a la izquierda y también impedir la llegada de Wilson Ferreira Aldunate a la presidencia de la república.

Nos negamos también al simplismo de considerar que esto hay que discutirlo en términos de la teoría de los dos demonios o de que acá estamos los buenos y allá los malos. Es mucho más complejo. La dictadura no se gestó, como lo han dicho varios compañeros, en un día; fue un proceso que llevó varios años, durante los cuales se fueron gestando las condiciones. Hubo reuniones, conversaciones, acuerdos, compromisos, cambios de posición, cambios de estrategia; hubo participación de civiles y de militares. Y, sin duda, hubo injerencia del extranjero. La frontera en la época de la dictadura y mucho antes no estaba en el río Cuareim; el norte se nos corrió muy para arriba. Eso tuvo que ver con la Doctrina de la Seguridad Nacional, que fue una condición necesaria para el desarrollo, según se planteaba en ese momento, que justificó el ejercicio de la represión en la vida cotidiana. Tuvo conceptos centrales. Ese concepto de la seguridad fue impulsado en todo el continente por el Pentágono.

El legislador que me antecedió decía que en ningún momento se habló de lo que fue la Escuela de las Américas. Naturalmente, eso tuvo un peso primordial; no puede ser casualidad. Quien analice con los datos mínimamente la historia verá que en el mismo momento, con las mismas posturas, todos los dictadores que había en América Latina pasaron por la Escuela de las Américas, donde Estados Unidos aleccionaba a nuestros militares.

Naturalmente, la cosa no se reduce a si hubo o no una guerrilla y entonces no hubo más remedio. No; no podemos ver con esa simplicidad las cosas; no podemos verlas así, cuando sabemos que había también un corrimiento de las fronteras en la represión y en lo que después se cristalizó como el terrible Plan Cóndor, del que todavía no sabemos si le queda algo de vida o tuvo sus últimos estertores. Todo se trabajó por fuera de las fronteras y por fuera del mentado nacionalismo.

El Frente Amplio y la izquierda lucharon contra la dictadura y eso no puede ser desmentido sin negar la realidad. También hubo wilsonistas, blancos y colorados demócratas—no todos los blancos y colorados, pero hubo blancos y colorados demócratas— que trabajaron, que fueron opositores y que pagaron con su vida o con su salud las consecuencias de haber estado en esas posiciones.

La dictadura no fue un hecho de febrero o de junio; tuvo un antes, un durante y un después.

La izquierda no se incorporó a las posturas de las Fuerzas Armadas. ¿Quiénes en su momento generaron las condiciones para que esto existiera? ¿Quiénes en setiembre de 1971 dejan la lucha contra la subversión y comienza la introducción en la arena política de los militares?

La dictadura cívico-militar contó también con civiles y no estuvieron el Frente Amplio ni mi partido, pero hubo muchos que estuvieron sentados en el Consejo de Estado.

¿Cuáles fueron los órganos de prensa que sirvieron de apoyo ideológico y cultural a la dictadura? No fueron los órganos de prensa del Frente Amplio porque estaban todos proscriptos.

Y después –porque hay un antes, un durante y un después–, ¿quiénes peleamos por verdad y justicia? ¿Quiénes son los responsables de haber dilatado y ocultado información? Hasta el día de hoy no tenemos información de dónde están los desaparecidos y qué pasó con ellos.

Los procesos históricos no son de un minuto. La declaratoria de la independencia no tiene que ver con un día; tiene que ver con toda una sucesión de hechos previos y una sucesión de hechos posteriores. Son procesos dialécticos en el tiempo en los que intervienen muchos factores y muchos elementos.

Quiero redondear porque hace mucho que estamos discutiendo esto y lo que yo digo, evidentemente, no es un gran aporte; es mi visión sobre las cosas.

La Doctrina de la Seguridad Nacional no tuvo que ver con la lucha contra una supuesta guerrilla o la lucha contra determinados sectores de la izquierda solamente; tuvo también que ver con la imposición de un modelo económico. Los que dijeron que no iban a ser el brazo armado de intereses económicos terminaron siendo el brazo armado de determinados intereses económicos y promoviendo el neoliberalismo que ya tenía fuerza en ese momento.

Quiero terminar aclarando algo que me parece conveniente. Los comunicados n.º 4 y n.º 7 tenían un texto confuso. Está claro; los han leído otros compañeros. Era un texto engañoso.

Si eso responde a las diferencias que había dentro de las Fuerzas Armadas, que fueron zanjadas entre febrero y junio a favor de los elementos más retardatarios y golpistas, es una hipótesis que creemos que puede ser cierta. Lo otro, es que haya sido simplemente una operación de inteligencia, en la que se miente descaradamente. Eso lleva a la confusión, y es natural que lleve a la confusión de quienes no estaban sentados en las mesas de negociación.

Hoy se habló del Partido Comunista, del Partido Socialista y se habló concretamente de un diputado, el diputado Trías. Seriamente, ¿alguien puede creer que eso tuvo algo que ver con sostener la dictadura durante diez

años? Que el diputado Trías haya hecho una apreciación sobre los comunicados n.º 4 y n.º 7, ¿contribuyó a sostener la dictadura? ¿Alguien puede creer que eso fue lo más importante o estamos salteando todo el resto de la realidad? Ya he hecho hincapié en ese punto, y se ha reiterado. A mí me parece que eso habla de una jerarquía que intenta vincular a la izquierda con el golpe de Estado y eso es una falacia, una absoluta falacia. Es una falta de respeto a lo que fue el trabajo, la militancia y el costo de vidas para los sectores de izquierda.

Realmente, pienso que tenemos que hacer una autocrítica, que fue confuso, que nos podemos haber equivocado en el análisis y que nuestros diputados y otras personas relevantes también se pueden haber equivocado. Trías era una persona sumamente interesante, que hizo grandes aportes al análisis de la estructura social y económica de este país. No lo vamos a juzgar porque haya entendido que en los comunicados n.º 4 y n.º 7 se planteaban determinadas cosas; sí lo podemos juzgar por las propuestas que hizo durante toda su trayectoria —como las que hace el Frente y como las que ha hecho mi partido—, que si se hubieran llevado adelante hoy tendríamos una sociedad democrática con libertad, pero también con más justicia. Ese es un elemento que quiero rescatar de nuestras posiciones.

Para culminar, como planteamos anteriormente, las dictaduras terminan, pero hay cosas que siguen estando y además curan por segunda intención, dejan cicatriz. Pienso que nuestra tarea es tratar de volver al camino de verdad y justicia que nos propusimos, para no repetir estos hechos nunca más.

(Aplausos en la sala y en la barra).

SEÑORA PRESIDENTA.- Tiene la palabra el señor legislador Daniel Dalmao.

SEÑOR DALMAO.- Señora presidenta: nos parece que cada vez que se analizan determinados hechos históricos es muy tentador caer en algunas situaciones que, en realidad, no ayudan a interpretar cabalmente los hechos que sucedieron en un pasado no tan lejano.

Uno de los peligros, de las tentaciones, es intentar — obviamente, acá se ha dado en muchos casos— utilizar una interpretación determinada de algunos hechos históricos para justificar posturas actuales o como parte de la discusión política actual en nuestro país. Eso tampoco ayuda.

Otra de las tentaciones, cuando se estudian y examinan este tipo de hechos, es analizar lo que hicieron los protagonistas del momento con lo que conocemos hoy, lo que se dice vulgarmente «con el diario del lunes». Es claro que muchos de los elementos que tenemos hoy no los tuvieron quienes debieron actuar en el momento. Obviamente, puede haber errores de apreciación, pero una cosa son los errores y otra cosa es de qué lado se puso cada uno; ahí no es un tema solo individual.

Acá se ha resaltado mucho a determinados protagonistas que, por importantes que sean, no sustituyen al conjunto del pueblo ni a las masas, y eso no está acá. Es un tema transversal que discutíamos en aquel momento, no nosotros, porque no estábamos allí—no podíamos ser protagonistas porque éramos niños—, pero nos hacemos cargo de esa interpretación.

También es un hecho bastante trivial, una decisión política, los cortes históricos que se hacen. ¿Por qué se elige solo febrero? Varios legisladores, sobre todo de nuestra fuerza política, se han referido a eso. Por supuesto, no pueden entenderse los hechos de febrero sin pararnos diez, doce años atrás y para adelante. ¿No tiene nada que ver la crisis que se vivió durante toda la década del sesenta con lo que pasó en febrero? Algunos podemos ir un poco más atrás. ¿Eso no tiene nada que ver con lo que se vivió? La crisis que se generó, ¿no tiene nada que ver con las políticas que se llevaban adelante? Acá parece solo ser un tema entre algunos militares y algunos civiles heroicos, sobre todo los que se elige resaltar de una forma muy selectiva, tanto actores políticos como sectores sociales o partidos políticos. Como se hace de forma tan selectiva, nos queda la sensación de que hay un interés determinado detrás en esa interpretación.

No es que no podamos abstraernos de nuestra condición, de nuestra ideología, de nuestra concepción, de a qué pertenecemos, pero la historia ha avanzado muchísimo desde el punto de vista científico. Una cosa son las interpretaciones, pero hay una base muy importante –y en nuestro país, ¡vaya si la habrá!– que nos permite analizar con elementos mucho más ciertos, aunque mantengamos nuestra visión, nuestra concepción.

Está demostrado –creemos que por todos los historiadores actuales– que es una falacia hablar de la famosa guerra o de los dos demonios; está demostrado hasta el cansancio que es una falacia, que no tiene ningún sustento real. Sin embargo, algunos escriben sobre eso, popularizan esa terminología y hasta logran que se incorporen –o pretenden incorporar– esos textos a los planes de estudio, sacando a otros historiadores de verdad. Sin duda, si queremos conocer más de la verdad –el aprender, el conocer que tiene tan incorporada la razón de ser del humano; siempre quiere aprender, por supuesto– tenemos que mirar los años anteriores.

Un compañero que intervino anteriormente hablaba de la Guerra Fría, del papel del imperialismo. El papel del imperio norteamericano en todo el contexto latinoamericano, ¿no tenía nada que ver? ¿Era solo un tema de algunos militares? Las políticas económicas y sociales que provocaron esa crisis, ¿eran llevadas adelante por los militares? ¿No había partidos políticos atrás que gobernaban y que decidían esas políticas económicas y sociales? El pueblo no asistía pasivamente, se movilizaba en contra de esas políticas económicas. Y ¡vaya si la clase obrera tiene muchísimos ejemplos a resaltar acerca de por qué se movi-

lizaban! Sin embargo, eran reprimidos; no tenían nada que ver con la guerrilla y eran llevados presos, los llevaban y hacían instrucciones militares.

Había torturas en años anteriores; está más que demostrado que había torturas. En ese momento, ¿no gobernaban partidos políticos? ¿No hay responsabilidad ahí? Basta con decir que todos tenemos culpa.

Una cosa es haber cometido errores y otra es haber tomado decisiones que llevaron a esas crisis que a tanta gente hicieron pasar mal y que deterioraron tanto la calidad
de nuestra democracia. Ahí había decisiones y más que
personas, había partidos políticos que tomaban decisiones,
gobernantes que tomaban decisiones. Cuando gobernaban
una y otra vez bajo las medidas prontas de seguridad,
¿esto no tenía nada que ver con el deterioro de la democracia? ¿Quiénes decidían las medidas prontas de seguridad? ¿Quiénes votaron la Ley de Seguridad del Estado?
¿Quiénes votaron el estado de guerra interno? Subido a
eso, ¿cuántos crímenes se cometieron?

Es mucho más que decir que todos tenemos algo. Es tratar de ver el todo y hacer el mayor esfuerzo por ver todo el contexto, y no quedarnos solo con las cosas que pueden servirnos para justificar hoy una postura ideológica.

Mártires de la democracia, lamentablemente, hubo antes de los hechos de febrero y de la dictadura. Hoy parece que esa reinterpretación de los hechos a algunos los lleva a insistir en que el golpe de Estado fue en esa fecha y no el 27 de junio. Parece que, repitiendo eso, alcanzaría. ¡No alcanza con repetirlo! Es cierto que no es en un día determinado y que hay que mirar todo un proceso. Todo el proceso fue lo que llevó a la dictadura, pero algunos tuvieron muy claro dónde tenían que pararse.

La clase obrera del Uruguay ya tenía definido, desde 1964 –cuando se dio el golpe de Estado en Brasil–, que si acá venía un golpe de Estado, una dictadura, se lo enfrentaría desde el primer día. Lo hizo; cumplió. No todos respaldaron; no todos los sectores políticos se jugaron de la manera necesaria, como lo hizo la clase obrera, a partir del 27 junio. Fueron quince días heroicos, de una huelga que no pudo derrotar a la dictadura. No la pudo parar, pero, como decían nuestros mayores, la hizo nacer herida de muerte. No pudo tener un contenido popular.

Acá se ha insistido con *El Popular*, y se han tomado algunos de sus editoriales. Ojalá sirva para que se lea más. Ahora es un semanario que sale los viernes, pero antes era un diario. Se pueden leer todos los números de *El Popular*; hay archivos. En lugar de leer esos tres o cuatro posteriores al 9 de febrero –además, hay que leerlos y no «decir lo que dicen que dijo»—, hay que leer todos los anteriores: el respaldo a la democracia, el respaldo a todas las luchas de los trabajadores, el respaldo a generar una sociedad que quería vivir mejor, la denuncia de políticas crueles que se llevaban a delante y toda esa imposición. La dictadura

tuvo mucho que ver con eso. ¡Vaya casualidad! Durante la dictadura, los trabajadores perdieron, por lo menos, la mitad del salario. Había dificultades, y siempre hubo militancia.

¿La dictadura no tuvo nada que ver con una concepción de política económica? Para nosotros, en ese sentido, fue una continuidad de la década anterior. Se toma como pretexto la violencia, pero ¿no había violencia antes de la guerrilla? ¿No había violencia que no tuviera nada que ver con la guerrilla? Algunos compañeros enumeraron algunos casos. Muchas veces era violencia amparada —si no, no podía existir de esa manera— desde distintas esferas del Estado. Leer todos los editoriales que mencioné también puede ayudar a ver todo el proceso.

Los comunistas no decimos que no cometimos errores; nunca lo decimos. Pero es un atropello y una afrenta terrible para con todos los que hoy nombró Oscar Andrade y para muchos más —muchísimos militantes clandestinos que actuaron durante todos los años de la dictadura, muchísimos que se movilizaron antes, durante y después—, y no podemos permitir que se infiera de algún error o interpretación que hubo respaldo a la dictadura. Esa es una barbaridad. La historia puede demostrar, claramente, dónde estaban nuestros militantes de esos momentos. Oscar nombró unos cuantos; podemos nombrar muchísimos más que se sacrificaron de muchas maneras para defender la democracia.

Cuando hablamos de autocríticas —todos acá han dicho que la hacen—, me gustaría saber de dónde salieron los cuadros que gobernaron durante la dictadura, que no eran militares. ¿De qué partidos políticos salieron? Los que integraban el Consejo de Estado —que usurpó este lugar—, ¿de dónde venían? Sin dudas, muchos de ellos venían de los partidos tradicionales, y siguieron después. Se habla de *mea culpa*, pero cuando terminó la dictadura, muchos de los integrantes del Consejo de Estado, participantes de la dictadura desde distintos lugares del gobierno, continuaron. Inclusive, formaron parte de las listas de esos partidos, fueron electos democráticamente e integraron este Cuerpo. ¿Dónde está el análisis verdadero para decir que todos hacemos autocrítica?

Esas situaciones no solo sucedían con consejeros de Estado, sino también con intendentes. En mi departamento había un intendente electo en democracia y que cuando se da el golpe de Estado continúa en el cargo durante la dictadura, hasta 1977, cuando fallece en un accidente. ¿Con cuántos otros intendentes ocurrió? Hubo otros que fueron intendentes durante la dictadura y después de la dictadura. Entonces, la crítica vamos a hacerla de verdad, con más elementos.

Nosotros estamos convencidos de que hoy defender la democracia es trabajar y aportar para profundizarla, para que exista un lugar donde la gente pueda vivir cada vez mejor, que tenga derecho al trabajo y su vida mejore cada vez más. Debe ser una democracia avanzada, no estática. No solo debe ser aquello que votamos cada cinco años, sino que tenga que ver con la vida de la gente. Para nosotros, hoy eso es defender la democracia. También es verdad y justicia.

Entonces, montados sobre los objetivos de una democracia cada vez más democrática, más avanzada, con verdad y justicia, con distribución de la riqueza que se genera, podremos gritar bien fuerte: ¡Viva la democracia y nunca más dictadura!

(Aplausos en la sala y en la barra).

SEÑORA PRESIDENTA.- Tiene la palabra el señor legislador Germán Coutinho.

SEÑOR COUTINHO.- Señora presidenta: todo concluye, al fin. Vamos a cerrar esta larga jornada en la cual nuestro partido tuvo un espíritu, no de atacar a nadie ni de ir contra nadie, sino de reconocer y homenajear a los nuestros. No solo lo estamos haciendo acá, en la Asamblea General, donde creemos que es importante, y han hablado nuestros legisladores. Hoy, nuestro partido está reconociendo y homenajeando a grandes figuras importantes para la democracia, en cada rincón del país. El lunes lo van a hacer las máximas autoridades partidarias.

Querer venir a la Asamblea General –hoy teníamos las barras llenas– no es en busca de confrontación o de ataque, sino para hacer reconocimientos, en escenarios o momentos dolorosos. Yo no vi, en ningún momento, ningún interés de atacar, de buscar culpables o generar alguna instancia que no sea la de reconocer a los nuestros, homenajear a los nuestros y agradecer a los nuestros. ¿Sabe qué, señora presidenta? Pertenecemos al partido de la libertad. Al final ¡qué buena jornada hemos tenido! Escuchamos durante todo el día las opiniones de toda la representatividad genuina de la gente, es decir, los legisladores, en una Asamblea a la que llegamos con las firmas de la coalición.

Hoy vinimos aquí convocados por un solo sector y terminamos todos conversando y generando esta instancia. Desde el Partido Colorado y desde los hombres libres celebramos la jornada democrática de hoy, escuchando todas las voces y también, sin ninguna duda, volviendo al espíritu de lo que generamos en la convocatoria, porque no queríamos que pasaran inadvertidos los cincuenta años del 9 de febrero. Por eso fue que generamos esta instancia, y en verdad no vamos a ingresar en ningún contexto de debate que divida, en una jornada en la que tuvimos que escuchar hablar de pachecato, pasando casi inadvertido durante casi toda la tarde la principal causa de todo lo que vino después, que fue el Movimiento de Liberación Nacional.

Vamos a lo que vinimos porque para lo otro tendremos tiempo cuando se quiera. Como bien dijeron y trasmitieron en su momento nuestros representantes, nosotros no esquivamos debate y no esquivamos ninguna instancia política –de ninguna manera–, y menos cuando venimos del partido que más veces gobernó este país, que es el más grande de la historia.

Lo que vinimos a hacer es a homenajear a los nuestros, y a eso vamos, principalmente, al doctor Amílcar Vasconcellos. Tengo cincuenta y dos años de edad y treinta de actividad política en el Partido Colorado. Soy colorado y batllista por legado de mi padre y sus convicciones, que siempre estuvo al lado del doctor Amílcar Vasconcellos. Mi infancia y mi adolescencia, por herencia y convicción, las viví en forma permanente al lado de esos dos hombres. Por eso hoy no quería dejar de pedir la palabra para reconocer a don Amílcar, porque vengo de ahí. Tengo el recuerdo, el respeto y la admiración temprana por ese hombre que era una referencia en mi casa y en el entorno político que vivía. Puede decirse que en mí se afirmó el legado de ese gran hombre y político que fue Vasconcellos, en el amor, la convicción y el compromiso por las instituciones democráticas y republicanas, que era el cerno de su constitución colorada liberal y de justicia social del batllismo en acción. Fue el origen fundacional de mi carrera política posterior e inspiración en nuestras acciones en la sociedad y en el Partido Colorado, desde nuestra participación en la actividad política gremial en la Federación de Estudiantes del Interior y luego todo lo que se vino en lo político-partidario.

El compromiso militante fue con la democracia, con el ejercicio concreto en una república institucional, no de la boca hacia afuera con un *acting* electoral y demagógico, sino con la fe de preservar en el ejercicio democrático, en el diálogo, la tolerancia y la acción republicana, el sostén de la ley y de la Constitución de la república.

El libro Febrero amargo de Amílcar Vasconcellos fue casi una biblia para nuestro partido. Era la culminación y expresión de un hombre de extraordinaria fortaleza y clarividencia en unas cuantas páginas radiantes de inteligencia y de valentía. Emulaba con ese libro el pensamiento, la conducta y valentía de muchos hombres colorados de entonces que le pusieron el pecho a las balas para defender las instituciones nacionales. Amílcar Vasconcellos fue el primero entre iguales, no fue el único, pero fue de gran predicación. Fue un faro que prendió las alarmas de aquella emergencia de la época. Como también lo fueron -hablando en referencia a nuestro partido y el espíritu de esta jornada- Baltasar Brum, que se inmoló en rechazo a la dictadura naciente; el vicepresidente Jorge Sapelli, que renunció a cualquier honor del régimen militar; el vicealmirante Juan José Zorrilla, que se atrincheró en la Ciudad Vieja para defender la república; el doctor Jorge Batlle Ibáñez, que fue el primer preso político por denunciar los movimientos de las Fuerzas Armadas, y tantos otros colorados que se quedaron en el país, plantaron sus banderas, no bajaron los brazos, fueron los conductores de la nación atropellada y dieron sus vidas personales y profesionales en pos de la democracia y de la ley.

Vive nítidamente en el recuerdo. El agradecimiento eterno, lo hacemos en el espíritu de este partido, en este 9 de febrero, al doctor Amílcar Vasconcellos.

Muchas gracias.

(Aplausos en la sala y en la barra).

SEÑORA PRESIDENTA.- Hemos culminado esta Asamblea General, recordando que es el primero de una sucesión de episodios que entre todos los partidos realizaremos. Vamos a constituir una comisión a los efectos de llevar adelante algunas acciones que tienen que ver con el recuerdo de los cincuenta años de aquel episodio, que

realmente debemos rememorar en términos de que la democracia se cuida todos los días.

Tengan ustedes, señoras y señores legisladores, muy buenas tardes.

6) LEVANTAMIENTO DE LA SESIÓN

SEÑORA PRESIDENTA.- No habiendo más asuntos, se levanta la sesión.

(Así se hace. Son las 19:10).

BEATRIZ ARGIMÓN

Presidenta

Fernando Ripoll Secretario Gustavo Sánchez Piñeiro Secretario

Sandra Páez

Supervisora general del Cuerpo Técnico de Taquigrafía de la Cámara de Representantes

Corrección y control

División Diario de Sesiones del Senado

Diseño - Impresión **División Diseño e Impresión del Senado**